MUNILIBRO 4





GARCILASO DE LA VEGA

El Inca cronista

TERESINA MUÑOZ-NÁJAR


Municipalidad de Lima

Teresina Muñoz-Nájar
Licenciada en Comunicaciones por la Universidad Católica Santa María de Arequipa, es periodista, editora y escritora. Docente en la Universidad San Martín de Porres, ha editado y publicado revistas diversas y libros sobre gastronomía. Es autora de tres colecciones de libros para niños: *Historias deliciosas, Animalitos en peligro* y *Cien años de Machu Picchu* y, sobre temas actuales, ha publicado libros sobre gastronomía.

Omar Zevallos Velarde
Periodista, caricaturista e ilustrador, ha publicado tres colecciones de libros para niños: *Historias deliciosas, Animalitos en peligro*, *Cien años de Machu Picchu*, además de libros de gastronomía con la escritora Teresina Muñoz-Nájar. Como periodista, ha escrito dos libros de investigación: *Trazos y risas, los caricaturistas arequipeños* y *Los acuarelistas arequipeños*. Como caricaturista, ha recibido premios internacionales y ha expuesto sus obras en diversos países.

GARCILASO DE LA VEGA
El Inca cronista





Municipalidad de Lima

GARCILASO DE LA VEGA El Inca cronista
© Teresina Muñoz-Nájar y Omar Zevallos
© Municipalidad Metropolitana de Lima
Gerente de Cultura: Mariella Pinto
Subgerente de Patrimonio Cultural, Artes Visuales, Museos y Bibliotecas: Vannesa Caro
Jefe de Biblioteca y Archivo Histórico: Sandro Covarrubias
Responsable de publicaciones: María del Carmen Arata

SIN VALOR COMERCIAL
Primera edición
Tiraje: 2.500 ejemplares
Diseño de portada, diagramación y edición de fotografía: Omar Zevallos
Corrección ortográfica y de estilo: Juana Iglesias
Imágenes: Pinacoteca de la Municipalidad de Lima, Jules Ferrario, Felipe Guamán Poma de Ayala, George Squier, Tomás Rojas Negrón, Inca Garcilaso de la Vega, Repositorio Institucional PUCP, Sucesión Francisco González Gamarra.Ilustraciones: Omar Zevallos.
Foto de portada: Retrato del Inca Garcilaso de la Vega, Biblioteca Nacional del Perú.
Imagen de la presentación: Óleo sobre madera de Francisco González Gamarra.
Agradecimientos: Raquel Chang-Rodríguez, distinguida profesora de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, CUNY; José de la Puente Brunke, director del Instituto Riva-Agüero, de la Pontificia Universidad Católica del Perú; Alonso Ruiz Rosas, director del Centro Cultural Inca Garcilaso del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú; Ramón Mujica Pinilla, director nacional de la Biblioteca Nacional del Perú.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2016-08110
Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, por cualquier medio o procedimiento, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la autora y de la Municipalidad de Lima.
Editado por:
Municipalidad Metropolitana de Lima
Jirón de la Unión 300
Lima Cercado
www.munilima.gob.pe

» ÍNDICE

Presentación **7**
Introducción de Raquel Chang-Rodríguez **8**

» CAPÍTULO I
- EN CUZCO: LA AZAROSA INFANCIA DEL PRIMER MESTIZO **11**
- La familia **12**
- Memoria del corazón **12**
- Un entorno complicado **14**
- El mundo se divide **16**
- Se acerca el final **19**
- Antes de partir **21**
- A cumplir los sueños **26**

» CAPÍTULO II
- EN ESPAÑA: UNA VIDA CONSAGRADA A LAS LETRAS **29**
- El renacimiento y la batalla **30**
- Un espíritu fino **33**
- Vida privada **34**
- *La Florida del Inca* **37**
- *Comentarios reales* **39**

» CAPÍTULO III
- SU OBRA **46**
- *La Florida del Inca* **48**
- *Comentarios reales:* Libro Primero **50**
- Libro Segundo, capítulo XXII **54**
- Libro Segundo, capítulo XXIV **59**
- Libro Segundo, capítulo XXVII **61**
- Libro Tercero, capítulo XX **69**
- Libro Sexto, capítulo V **73**
- *Historia general del Perú* **76**

» BIBLIOGRAFÍA **80**



» En 2016 se conmemoraron los 400 años de la muerte de Garcilaso. También, de dos glorias de la literatura universal: William Shakespeare y Miguel de Cervantes.

» PRESENTACIÓN

En este cuarto número de la serie MUNILIBRO, la Municipalidad de Lima hace un homenaje al Inca Garcilaso de la Vega a los 400 años de su muerte.

Garcilaso de la Vega fue un cronista que tuvo la sensibilidad de su sangre ancestral andina y la educación y preparación académica de su herencia española.

La vida de Garcilaso discurre en el Cusco, en tiempos de la conquista, y luego en España. El noble, inca y español, no puede negar su procedencia tanto andina como española, tanto americana como europea, que amplía su horizonte y lo marca como testigo de excepción de esa fusión que comenzaba a darse en pleno siglo XVI, en América.

El Munilibro 4 recorre la vida del reconocido “primer mestizo de América”, sus recuerdos, sus gustos y su relación con el mundo que le tocó vivir, y que sintetiza en él lo mejor de cada hemisferio. Garcilaso viaja desde que nace: primero a través de la historia de sus antepasados, luego por el Perú y por América, rumbo a su destino final y el lugar donde sus recuerdos lo asaltarían para regresarlo espiritualmente al Cusco de sus amores, en los textos de su obra magna, los *Comentarios reales*.

Hoy, que conocemos la trascendencia de su vida y de su obra, los invitamos a leer este nuevo libro, que, como los anteriores, contribuye a conocernos y reconocernos más en nuestra peruanidad.

Luis Castañeda Lossio
Alcalde de Lima

» INTRODUCCIÓN

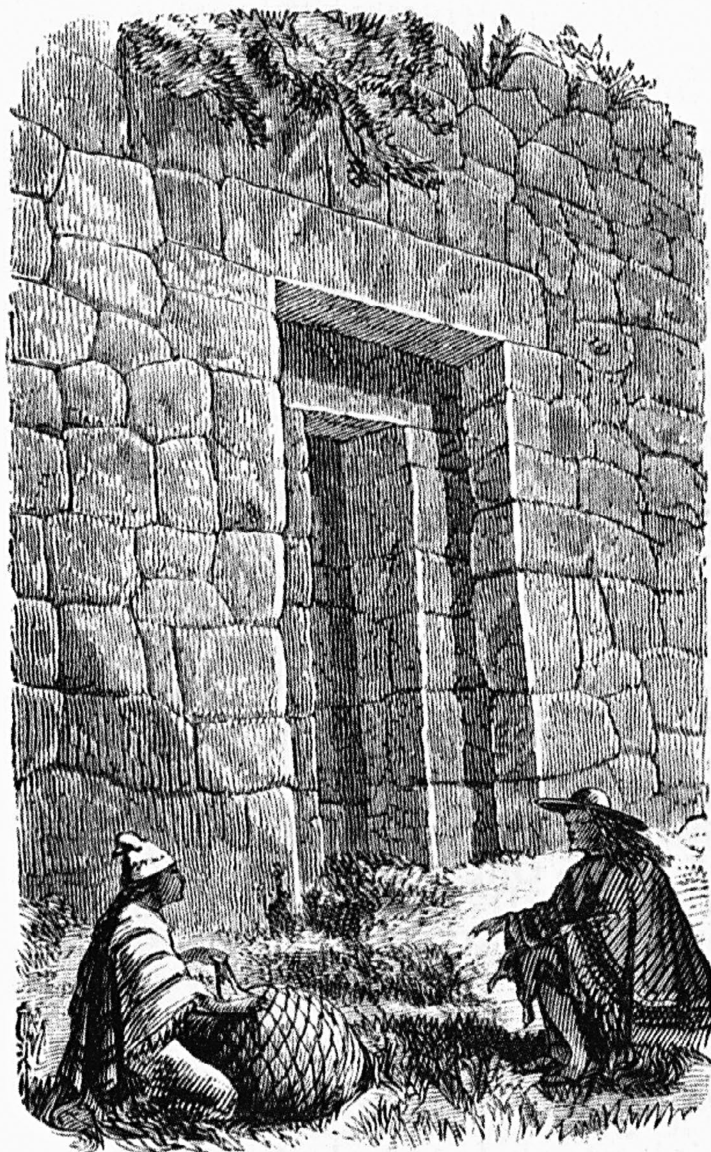
El Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616) es el primer gran escritor hispanoamericano. Así lo confirman sus crónicas, *La Florida del Inca* (1605) y los *Comentarios reales* (1609, 1617). La admiración que sintieron por él los humanistas españoles y la devoción con la cual citaron los textos del autor cuzqueño corroboran su prestigio en la época. *Comentarios reales*, su obra maestra, se tradujo pronto a otros idiomas europeos, y alcanzó fama literaria tanto por la novedad del material incluido como por el origen del autor. A través de la crónica, el Inca Garcilaso insiste en su ascendencia indígena, conocimiento del quechua, acceso a fuentes primarias y el haber sido testigo presencial de muchos de los sucesos narrados. De esta forma, el mestizo peruano se reviste de autoridad para corregir los errores y malas interpretaciones de los cronistas españoles. La obra deviene un texto contestatario que inaugura otra forma de contar la historia del antiguo Incario y del recién fundado virreinato del Perú –en otras palabras, ofrece una nueva manera de narrar y, más importante aun, de entender los sucesos de la conquista y colonización–. Como los historiadores modernos, el cronista cuzqueño valoriza la anécdota, el mito, la fábula. Esta inclusión de materiales y perspectivas diversas en su obra maestra nos ayuda a entender tanto hechos particulares como la historia patria en circunstancias extraordinarias.

Cuando escribió sus crónicas, el Inca Garcilaso tuvo muy en cuenta el modelo clásico de la concepción heroica de la historia. Les da carácter de héroes a los soberanos incas, a los caciques de La Florida y a los conquistadores españoles, pues intentó lograr en sus escritos la armonía que aprendió cuando tradujo del italiano al español los *Diálogos de amor* (1590), el famoso tratado neoplatónico de León Hebreo. Sin embargo, la violenta realidad de la conquista y colonización

quiebra este plan armónico. Particularmente en *Comentarios reales*, muchos pasajes donde el autor evoca el terruño natal y su vida en el Cuzco, están repletos de nostalgia; en otros, sin embargo, se impone la dura realidad del choque cultural que le imprime un tono trágico al relato.

La frecuente reedición de las obras principales del Inca, así como el persistente interés en su estudio desde varias perspectivas disciplinarias –la literatura, la historia, la antropología, los estudios fronterizos–, confirman cuán importante es divulgarlas en el Perú a todo nivel, y a la vez difundir la singular trayectoria vital de este emblemático autor. Esta publicación propiciada por la Municipalidad de Lima cumple cabalmente con estos propósitos. Una asequible introducción a las principales líneas de la biografía del Inca Garcilaso de Teresina Muñoz-Nájar así como las ilustraciones de Omar Zevallos Velarde, facilitan la comprensión de los textos antologados. De este modo, el lector puede disfrutar del bello estilo de la prosa garcilasiana y a la vez acercarse a temas centrales de la cultura patria –desde la poesía de los amautas, hasta el encuentro del Inca con una primera embajada de españoles–. Al mismo tiempo, los lectores podrán reflexionar sobre cómo se preparó Garcilaso, escritor autodidacta, para narrar la historia de su patria americana y dirigirla a sus compatriotas –"los indios, mestizos y criollos de los reinos y provincias del grande y riquísimo imperio del Perú"– a quienes insta al ejercicio de la virtud y al estudio. Damos entonces la bienvenida a este nuevo Munilibro y felicitamos a su autora, al ilustrador, y a sus colaboradores empeñados en hacer de la cultura lo que esta debe ser: un bien público.

Raquel Chang-Rodríguez
City College-Graduate Center,
City University of New York (CUNY)



» Garcilaso observó, escuchó y guardó en el corazón las tradiciones indígenas y los relatos de los conquistadores.

» CAPÍTULO I

EN CUZCO: LA AZAROSA INFANCIA DEL PRIMER MESTIZO

Garcilaso de la Vega, cronista e historiador peruano, nació en Cuzco el 12 de abril de 1539. Fue bautizado como Gómez Suárez de Figueroa porque, a usanza de la época, para los recién nacidos se tomaban los apellidos ilustres de algunos parientes, quienes en este caso fueron un hermano de su padre y el abuelo materno de este. Nuestro cronista solo adoptaría el nombre de Inca Garcilaso de la Vega luego de su viaje a España, país en el que permaneció hasta el final de sus días. A lo largo de este texto lo llamaremos simplemente Garcilaso.

En el año de su nacimiento, el Perú vivía un clima de tensión e incertidumbre. Los conquistadores españoles –que en 1532 derrotaron a Atahualpa y lo tomaron prisionero– ya se habían dividido en dos bandos: pizarristas y almagristas, cuyos desacuerdos no harían sino incrementarse con el transcurrir del tiempo. De un lado se ubicaron los encomenderos liderados por Gonzalo Pizarro y del otro las tropas leales a la corona española, desatándose en consecuencia cruentas guerras civiles.

Entretanto, al este de la capital del Tahuantinsuyo, en Vilcabamba, un nutrido grupo de quechuas, atrincherado, se resistía a la conquista. Pero el resto del imperio incaico caía vencido poco a poco, mientras se producía un fenómeno que le daría un nuevo rostro a la conquistada tierra, el denominado mestizaje; es decir, la mezcla de dos razas y culturas diferentes que se manifestaría, también paulatinamente, en todos los ámbitos: en el lenguaje, en la arquitectura, en los rituales religiosos, en la descendencia y hasta en la cocina.

LA FAMILIA

Garcilaso fue hijo natural del capitán Sebastián Garcilaso de la Vega, un español perteneciente a una destacada e ilustre familia de la región de Extremadura, y de la *ñusta* Chimpu Ocllo (quien más tarde, convertida al cristianismo, sería bautizada con el nombre de Isabel). Ella era sobrina de Huayna Cápac y prima de Huáscar, Atahualpa y Manco Inca.

En el árbol genealógico paterno de Garcilaso aparecen, por cierto, los nombres de brillantes escritores y poetas españoles: el marqués de Santillana, Garcilaso de la Vega (el toledano), Gómez Manrique, Jorge Manrique y Fernán Pérez de Guzmán, entre otros.

Los padres de Garcilaso nunca se casaron y es probable que su unión fuera producto de un conveniente acuerdo. Al respecto, el gran biógrafo de nuestro personaje, Aurelio Miró Quesada, en su libro *El Inca Garcilaso*, dice: "En todo caso, la *ñusta* Chimpu Ocllo –por amor o por fuerza– se entregó al duro capitán Garcilaso, como para simbolizar con la unión de sus dos sangres la vinculación, que iba a ser ya definitiva, del mundo cultural y racial indio con el mundo grecoromano-cristiano de Occidente".

MEMORIA DEL CORAZÓN

Pese a los álgidos momentos que se vivían en el recién conquistado imperio, el pequeño Garcilaso creció en un ambiente más bien privilegiado. Sus amigos eran los hijos de Francisco y Hernando Pizarro, y los de muchos parientes de su noble madre. Contó además con la dulce y sabia presencia de su tío abuelo Cusi Huallpa, quien le habló del pasado de los incas y le enseñó a "guardar en su corazón" todo lo que escuchaba.



» El futuro cronista retuvo en la memoria la agradable sensación que le produjo saborear las primeras uvas cosechadas en Cuzco.

Lo cuenta el propio Garcilaso muchos años después, en sus famosos *Comentarios reales*. En el capítulo XV del primer libro relata una de las tantas conversaciones que ambos mantuvieron. El pequeño mestizo quería saber cómo era que los incas conservaban la memoria de las cosas pasadas. "¿Quién fue el primero de nuestros incas? ¿Cómo se llamó? ¿Qué origen tuvo su linaje? ¿De qué manera empezó a reinar? ¿Con qué gente y armas conquistó este gran imperio? ¿Qué origen tuvieron nuestras hazañas?", le preguntaba a su tío. Él le respondía: "Sobrino, yo te las diré de muy buena gana; a ti te conviene oírlas y guardarlas en el corazón…".

Durante los primeros diez años de su vida Garcilaso vivió con sus dos padres, pero fue su madre la que se encargó de

su crianza, no solo por ser lo lógico y natural, sino porque el capitán debía ausentarse con mucha frecuencia de la casa. Las guerras, las rebeliones y sus propios negocios lo reclamaban.

Al calor del hogar materno el niño aprendió a hablar el quechua, que fue su primera lengua. También a manejar los quipus y a identificar las flores y animales nativos del Perú, así como los que llegados de España estaban en pleno proceso de adaptación a estas tierras. Todo le interesaba. Probó, por ejemplo, las primeras uvas que crecieron en el Cuzco. Lo relata en sus *Comentarios:*

> El primero que metió uvas de su cosecha en la ciudad del Cuzco fue el Capitán Bartolomé de Terrazas, de los primeros conquistadores del Perú (...) Plantó una viña en su repartimiento de indios, llamado Achanquillo, en la provincia de Contisuyu, de donde año de mil y quinientos y cincuenta y cinco, por mostrar el fruto de sus manos y la liberalidad de su ánimo, envió treinta indios cargados de muy hermosas uvas a Garcilaso de la Vega (se refiere al capitán, su padre), mi señor, su íntimo amigo, con orden que diese su parte a cada uno de los caballeros de aquella ciudad, para que todos gozasen del fruto de su trabajo. Fue gran regalo, por ser fruta nueva de España, y la magnificencia no menor; porque si se hubiesen de vender las uvas, se hicieran de ellas más de cuatro o cinco mil ducados. Yo gocé buena parte de las uvas, y porque mi padre me eligió por embajador del capitán Bartolomé de Terrazas, y con dos pajecillos indios llevé a cada casa principal dos fuentes de ellas.

UN ENTORNO COMPLICADO

Más adelante, su padre se preocupó por darle la mejor educación posible, considerando la situación por la que atravesaba la colonia. Fue así que el niño Garcilaso tuvo



» Genealogía de los incas, estirpe a la que perteneció la madre de Garcilaso. Chimpu Ocllo, fue sobrina de Huayna Cápac y prima de Huáscar, de Atahualpa y del rebelde Manco Inca.

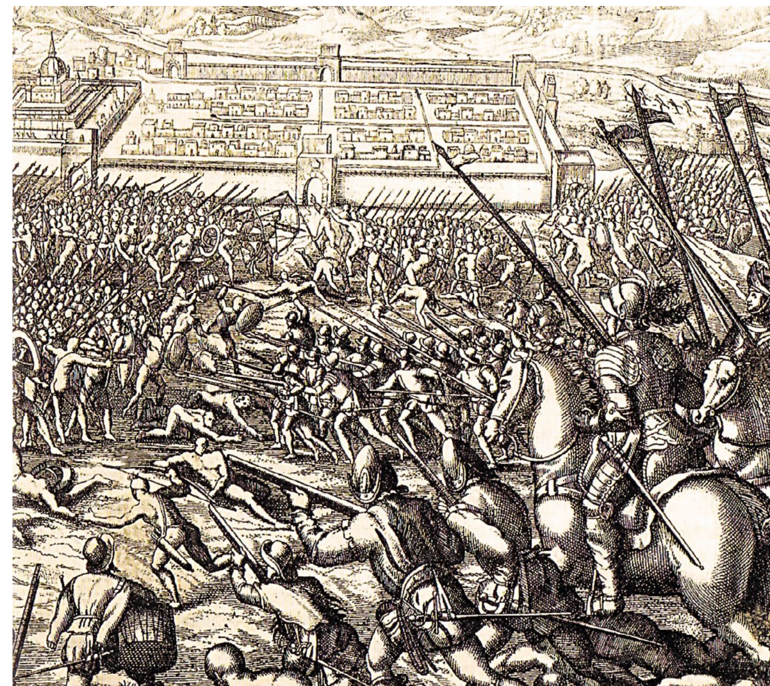
un ayo o tutor llamado Juan de Alcobaza, quien le enseñó a leer y a escribir. Más tarde, el licenciado Juan de Cuéllar se hizo cargo de su aprendizaje, así como del de otros niños mestizos, quienes tuvieron una educación de lujo y al parecer eran bastante aplicados y talentosos. Tanto que el propio preceptor, quien les impartía clases de latín, gramática y música, los alentaba a que prosiguieran sus estudios en la Universidad de Salamanca.

Es importante acotar, a este punto, que Garcilaso niño tuvo que sufrir las consecuencias de las rebeliones y guerras, y el comportamiento desleal de su padre con la causa que siempre apoyó. Y es que durante la batalla de Jaquijahuana (1548), en la que los españoles pelearon por el control del recién creado virreinato del Perú, le retiró su apoyo al rebelde Gonzalo Pizarro y se pasó a las filas del realista y pacifista Pedro de la Gasca.

Estos hechos, como bien señala Ricardo González Vigil, autor del libro *Comentemos al Inca Garcilaso*, "impactaron su sensibilidad infantil". También lo recalca José de la Riva-Agüero en sus *Obras completas*: "Desde la niñez, la suerte pareció esmerarse en despertarle la vocación de cronista. Creció en medio del fragor de las guerras civiles, en las que tan mezclado estuvo su padre, y ante sus ojos de niño desfilaron los protagonistas y los actores secundarios de aquellos sangrientos y movidos dramas".

SU MUNDO SE DIVIDE

Otro suceso que marcó la vida del futuro cronista fue la separación definitiva de sus padres. Ocurrió cuando él tenía diez años. Su padre se casó entonces, y por consejo de la corona hispana (que al parecer quería propiciar los matrimonios entre españoles para así quitarle peso a los mestizos), con Luisa Martel de los Ríos, una criolla que



» Garcilaso nace justo cuando los españoles, divididos entre pizarristas y almagristas, están en plena guerra civil.

había nacido en Panamá y que solo tenía 14 años. Pasado un tiempo, su madre también contrajo matrimonio con Juan del Pedroche, un comerciante español de origen modesto. El mundo de Garcilaso quedó dividido para siempre porque además de la pena que implica una separación, el pequeño, según González Vigil, "veía tambalearse la fusión armónica de lo indígena y lo español".

Desde ese momento vivió con su padre y su joven madrastra en una bella casa cuzqueña de la calle Heladeros (en la Plaza del Regocijo, antes llamada Cusipata), que hoy alberga el Museo Histórico Regional.



» La casona cuzqueña en la que vivió Garcilaso con su padre y su madrastra. Desde su balcón, el joven mestizo contempló sucesos importantes y toda suerte de agasajos.

Nunca, en su obra, Garcilaso tuvo palabras afectuosas para su madrastra y todo parece indicar que la mención que hizo una vez de lo ambiciosas que eran ciertas mujeres jóvenes españolas que se casaban con los conquistadores ricos y viejos, solo esperando que estos murieran pronto para quedarse con sus riquezas, estaba dirigida a ella. Eso sí, nuestro escritor siguió visitando a su madre y continuó las largas charlas que usualmente sostenía con sus parientes maternos, a quienes tanto quería. Aurelio Miró Quesada

considera que la separación de sus padres acrecentó su interés por la vida y costumbres del imperio incaico y acentuó "el orgullo por la alta sangre indígena que corría en sus venas".

SE ACERCA EL FINAL

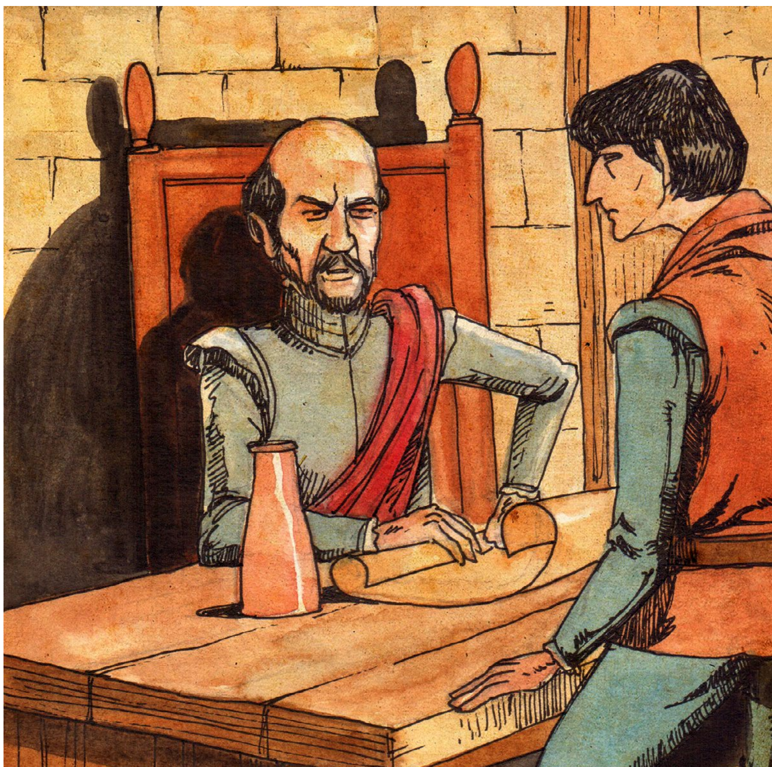
Con el paso del tiempo Garcilaso se convirtió en un joven culto, afable y gran aficionado a la equitación y a la caza.

En 1554 su padre fue nombrado corregidor y justicia mayor del Cuzco y él se convirtió en su "escribiente" o secretario, encargándose de toda la correspondencia que el capitán debía despachar a diferentes lugares del vencido imperio. Podía desempeñar esta función porque había logrado alfabetizarse e iniciarse en el conocimiento de la cultura europea. Además, hizo muchas excursiones fuera del Cuzco, incluida la encomienda paterna de Cotanera en Apurímac, por lo que pudo recoger diversos datos relacionados con la geografía, las tradiciones y las costumbres de aquellos tiempos.

Como se sabe, la encomienda fue una institución muy importante durante la colonia. Consistía en encargar un determinado grupo de indígenas a un español (encomendero) con el fin de que trabajara para él en sus campos o haciendas. Así se le agradecía por los servicios prestados a la corona durante la conquista. A cambio, los españoles debían adoctrinar a los indígenas en la fe católica y asegurar su mantenimiento y protección.

Por esa misma época, entre 1554 y 1555, Garcilaso heredó de su padre la mitad de Havisca, una chacra de coca ubicada en Paucartambo.

En 1556, el virrey Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, le quitó al padre de Garcilaso el título de corregidor que se le había otorgado pues pensaba que el capitán no



» Garcilaso fungió de secretario de su padre y de escribiente de su correspondencia.

promovía las Nuevas Leyes de España y que, por el contrario, era un sedicioso; en otras palabras, lo acusaba de no ser leal a los reyes españoles sino a revolucionarios como Gonzalo Pizarro.

Fue el principio del fin. El capitán quiso regresar a España. Los estudiosos de la obra de Garcilaso sostienen que quizás pidió volver porque quería limpiar su honor ante la corona o solo visitar a su familia; el hecho es que en 1557 el rey Felipe II concedió el permiso para que él y su esposa se ausentaran

del Perú por tres años. Demasiado tarde, pues el padre de Garcilaso ya estaba delicado de salud y no pudo viajar.

ANTES DE PARTIR

Uno de los acontecimientos más importantes en la incipiente colonia, y que justamente se dio un año antes de que el padre de Garcilaso muriera y dos antes de que el escritor viajara a España, fue la rendición del último inca de Vilcabamba: el rebelde Sayri Túpac. Este fue primero a Lima a hablar con el virrey Hurtado de Mendoza para acordar los términos de su capitulación y luego estuvo algunos días en el Cuzco. Garcilaso lo visitó, conversó con él y, más tarde, describió el encuentro:

> (...) todos los de su sangre real, hombres y mujeres, acudieron a besarle las manos y darle la bienvenida a su imperial ciudad. Yo fui en nombre de mi madre a besárselas. (...) Mandóme sentar, y luego trajeron dos vasos de plata dorada, llenos de brebaje de su maíz, tan pequeños que apenas cabía en cada uno cuatro onzas de licor. Tomólos ambos, y de su mano me dio uno de ellos; él bebió el otro, y yo hice lo mismo (...) es costumbre muy usada entre ellos y muy favorable hacerlo así. (...) A la despedida le hice mi adoración a la usanza de los indios, sus parientes, de que él gustó mucho, y me dio un abrazo con mucho regocijo que mostró en su rostro.

Tomando como ejemplo este relato y muchos otros, se puede concluir que el cronista siempre tuvo mayor apego al linaje incaico que al español.

El 18 de mayo de 1559 el capitán Garcilaso de la Vega falleció. Lo enterraron en el convento de San Francisco, en una ceremonia nada fastuosa, pero años después su hijo, ya en España, obtuvo los permisos correspondientes para exhumar sus restos y sepultarlos en la iglesia de San Isidoro (Sevilla).

» Manuscrito de Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui, cronista indígena de la época del Inca Garcilaso.



» Garcilaso cumple los deseos de su padre y se despide del Cuzco para siempre.

Al día siguiente de la muerte del capitán se leyó su testamento. En este dejaba el encargo de velar por su hijo natural al español Antonio de Quiñones. Además, la suma de cuatro mil pesos de oro y de plata para que el joven Garcilaso se fuese a estudiar a España. El resto de sus bienes se los legó a su esposa y a sus hijas. Tuvo una hija natural en España, antes de embarcarse al Perú, y dos con Luisa Martel de los Ríos.

Garcilaso obedeció la voluntad de su padre. Pasó el resto del año en el Cuzco, preparando seguramente la larga partida –entre otras cosas, le dejó su chacra Havisca a su madre– y luego partió.

Antes de que se marchara, sin embargo, sucedió algo inesperado. Cuando fue a despedirse de Polo de Ondegardo, corregidor del Cuzco en esos momentos, este lo llevó hasta un

cuarto para mostrarle las momias de los incas que acababan de ser descubiertas. Fue una experiencia inolvidable. Según el propio Garcilaso vio cinco cuerpos: los de Viracocha, Túpac Yupanqui (su bisabuelo) y Huayna Cápac, y los de las *coyas* Mama Runto, esposa de Viracocha, y Mama Ocllo, madre de Huayna Cápac. Sobre lo que vio o no vio realmente hay mucha controversia. Unos historiadores señalan que había muchas más momias y otros que menos. Lo importante es que todos coinciden en que los cuerpos estaban increíblemente conservados. “La impresión causada en el mozo Gómez Suárez tuvo que haber sido muy intensa”, manifiesta Miró Quesada. Y añade: “A través de los años seguía vibrando en sus retinas la imagen de esos cinco nobles cuerpos, que él vio todavía enteros, con cabellos, el *llautu* puesto sobre la grave frente de los emperadores, sentados, con los ojos bajos y las manos cruzadas (...) Con emoción de indio y con hondo respeto familiar, el joven se acercó a tocar un dedo de la mano que él iba a recordar más tarde como del esclarecido Huayna Cápac”.

El *llautu* al que se refiere Miró Quesada era parte principal del atuendo de los incas: una suerte de trenza tejida con pelos de vicuña, que daba varias vueltas a la cabeza y sujetaba tanto la *mascaipacha* (la borla de lana que era símbolo del poder imperial) como el tocado de plumas que distinguía a los gobernantes del imperio incaico.

Es probable, además, que Garcilaso fuera testigo del desfile de las mismas momias por la calles del Cuzco, cubiertas con sábanas blancas, que se levantaban con sumo cuidado para que tanto los indios como los españoles las vieran. Los primeros con emoción y los segundos descubriéndose la cabeza en señal de respeto.

Posteriormente, el virrey Hurtado de Mendoza mandó buscar y retirar las momias del Cuzco para enviarlas a

Lima. Solo así, creía él, podía evitar idolatrías y nostalgias imperiales indígenas.

A CUMPLIR LOS SUEÑOS

Finalmente el 20 de enero de 1560, a los 21 años, Garcilaso partió del Cuzco rumbo a España. Tenía que llegar primero a Lima para tomar, en el puerto del Callao, el navío que lo llevaría a su destino. Salió a caballo por la cuesta de Carmenca (en el actual barrio de Santa Ana), pasó por Jaquijahuana y Limatambo, para cruzar luego el río Apurímac. Después no se sabe exactamente qué ruta tomó para aproximarse a Lima, pero el hecho es que bajó a la costa por Acarí, distrito de la provincia arequipeña de Caravelí, desde donde se trasladó hasta Ica y posteriormente a la capital del virreinato.

El viaje debió haber sido interminable y fatigoso. Gracias a su conocimiento del quechua pudo pedir muchas veces el apoyo de los indios que encontró en el camino; también, por supuesto, fue atendido por los españoles afincados en las zonas por las que cabalgó. Afortunadamente no iba solo, lo acompañaba su viejo ayo Juan de Alcobaza.

De ese recorrido, Garcilaso recordó después muchos detalles. Ica le pareció "fértil", "grande, hermoso y poderoso", y Lima le mereció varios comentarios. "La impresión que Lima, la Ciudad de los Reyes, le produjo no fue del todo favorable", escribe Miró Quesada. También afirma que "acostumbrado a los techos de teja, a las robustas paredes de piedra, al clima frío pero seco del Cuzco, no le agradaron el clima cálido del verano limeño (llegó en una época en que el calor es más fuerte en la costa) ni los mosquitos que, de día y de noche, lo rondaban y lo mortificaban a menudo". No obstante, se admiró por otras cosas. Las calles grandes, derechas y bien trazadas lo sorprendieron. También la belleza de las casonas y la abundancia de acequias que atravesaban toda la ciudad.

Visitó los principales templos, admiró su arquitectura y, por supuesto, entró a la catedral para inclinar respetuosamente la cabeza frente a los restos de Francisco Pizarro.

El 4 de marzo de 1560, ya en el Callao, vendió su caballo en 65 pesos de plata ensayada y marcada, y se embarcó en el navío que lo conduciría a la tierra paterna. Otro viaje largo y al capricho de las olas y de los temporales. Desde Lima hasta Paita fue un tramo tranquilo. De allí el timonel enrumbó hacia Panamá. En el trayecto solo se detuvieron tres días –para recoger leña y agua– en el Cabo de Pasau, al sur de la línea equinoccial, en Ecuador, que es donde la tierra se divide imaginariamente en dos hemisferios.

De Panamá siguió a Cartagena, luego, es probable que pasara por La Habana para seguir después al Atlántico, en dirección a las Azores, y finalmente a Lisboa, una ciudad por la que Garcilaso sentiría mucho cariño y en la que se detuvo por algunos días. Allí, según su versión, le hicieron muchos favores; "uno de ellos fue librarme de la muerte". Jamás explicó por qué. Otro navío lo llevó hasta Sevilla, ciudad cosmopolita y encantadora. "Si todo ello era para él tan desacostumbrado, debió de sentirse en cambio cómodo al ver que con diferentes elementos había allí también una mezcla de culturas –la árabe y la cristiana–, como española e india era la síntesis de su patria nativa", deduce Miró Quesada. No hay que olvidar que la ocupación musulmana (proveniente del oriente y norte de África) en España duró ocho siglos, desde el año 711 hasta 1492.



» Garcilaso de la Vega (ca. 1498-1536), militar y poeta español del Siglo de Oro, homónimo de nuestro personaje.

» CAPÍTULO II

EN ESPAÑA: UNA VIDA CONSAGRADA A LAS LETRAS

De Sevilla, Garcilaso se dirigió a Extremadura, el lugar donde nació su padre, pues quería conocer a su hermana, la hija natural que el capitán había mencionado en su testamento. No la halló pues al parecer había muerto. Pasó entonces a Montilla (en la provincia de Córdoba) en busca de otro pariente, su tío Alonso de Vargas y Figueroa, casado con Luisa Ponce de León. Él sería quien cobijaría al joven Garcilaso en su casa y Montilla se convertirá en su lugar de residencia por los próximos treinta años.

En esos momentos Garcilaso estaba empecinado en un solo asunto: ir a Madrid para pedirle a la corte imperial que reconociera los servicios prestados por su padre en el virreinato peruano. De acuerdo a González Vigil, realizó varios viajes a la capital española durante todo el año 1562 y parte de 1563, persiguiendo su propósito. Miró Quesada refiere que permaneció en Madrid todo ese tiempo. Lo cierto es que presentó su demanda ante el Consejo de Indias, uno de cuyos miembros era Lope García de Castro (quien años después sería gobernador y presidente de la Audiencia del Perú). Luego de varios trámites y reclamos, Garcilaso sufrió una gran decepción.

"Al principio –relata Miró Quesada– parecía que las pretensiones del mozo llegado del Perú se hallaban bien encaminadas, Mas, por desgracia para él, don Lope García de Castro se enteró de la situación del capitán Garcilaso de la Vega durante la batalla de Huarina, en la que, según muchos informes, en un difícil trance, cedió su caballo 'Salinillas' al rebelde Gonzalo Pizarro". Y es que cuando ya parecía que

todos en el Consejo de Indias estaban dispuestos a reconocer el reclamo de Garcilaso, García de Castro, bruscamente, se enfrentó al hijo del capitán y le desbarató las ilusiones, diciéndole que él no podía negar lo que los historiadores habían escrito.

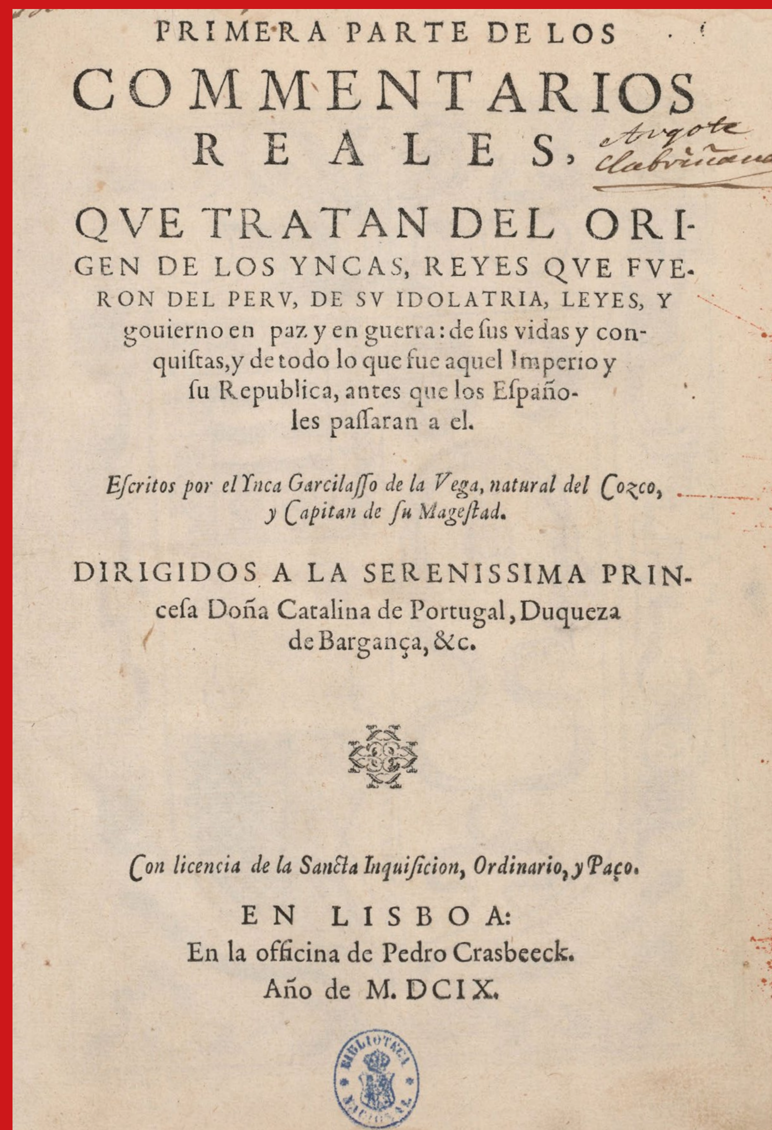
En efecto, en 1552, los españoles Francisco López de Gómara y Diego Fernández (vecino de Palencia) ya habían publicado su *Historia general de las Indias* el primero y su *Historia del Perú* el segundo; textos ambos en los que se narra el episodio de Huarina, pero en los que no es muy clara ni concluyente la acusación de que el capitán le cediera su caballo a Gonzalo Pizarro. Garcilaso, defendiendo a su padre, alegó que, en efecto, este le había dado el caballo pero no durante el combate sino cuando este ya había terminado. Y que lo hizo porque era un hidalgo caballero. Así y todo el Consejo de Indias se negó a dar curso a su pedido.

Lo irónico es que Garcilaso sabía de su patria más que cualquier conquistador de España y aquella negativa quedó como una llaga abierta que solo se cicatrizaría con la publicación de los *Comentarios reales*.

EL RENACIMIENTO Y LA BATALLA

No es difícil entender cómo se sentiría Garcilaso después de este grave percance. Quiso incluso regresar al Perú pero, finalmente, tomó una doble decisión: no solo la de volver a Montilla sino la de cambiarse de nombre. El 22 de noviembre de 1563 renace con el apelativo de su padre: Garcilaso de la Vega. Más adelante, a partir de 1596, se llamaría a sí mismo "Inca Garcilaso de la Vega". Su destino iba a ser el de escritor, comentarista y reconstructor de una historia y de un mundo que tenía guardados en el corazón.

Un episodio interesante en su vida y por el que ha sido criticado, tanto por sus detractores como por algunos de



PRIMERA PARTE DE LOS
COMMENTARIOS
REALES,
QVE TRATAN DEL ORIGEN DE LOS YNCAS, REYES QVE FVERON DEL PERV, DE SV IDOLATRIA, LEYES, Y gouierno en paz y en guerra: de ſus vidas y conquiſtas, y de todo lo que fue aquel Imperio y ſu Republica, antes que los Eſpañoles paſſaran a el.

Eſcritos por el Ynca Garcilaſſo de la Vega, natural del Cozco, y Capitan de ſu Mageſtad.

DIRIGIDOS A LA SERENISSIMA PRINceſa Doña Catalina de Portugal, Duqueza de Bargança, &c.

Con licencia de la Sancta Inquiſicion, Ordinario, y Paço.

EN LISBOA:
En la officina de Pedro Crasbeeck.
Año de M. DCIX.

» Portada original de su obra cumbre. En esta, escrita con profunda melancolía, resume su orgullo de ser cuzqueño.



» Su hogar en Montilla. En este lugar, el Inca Garcilaso vivió, con algunas interrupciones, durante 30 años.

sus admiradores, fue su participación como oficial del ejército español contra los moriscos de las Alpujarras, región ubicada entre Granada y Almería. Los moriscos eran los musulmanes que, después de la ocupación árabe en España, se habían convertido al catolicismo y por tanto no habían sido exiliados. Se rebelaron porque no recibían un buen trato. En 1567, por ejemplo, se les dio tres años para aprender el castellano, sin que existieran escuelas para ellos, y se les prohibió usar sus trajes tradicionales.

La rebelión ocurrió en 1568 y no fue la gran cosa. Garcilaso participó en la batalla como capitán y por tanto sirvió al rey de España. Al respecto, Francisco Carrillo, en el tomo 8 de la *Enciclopedia histórica de la literatura peruana*, dedicado al Inca Garcilaso de la Vega, se pregunta: "¿Cómo se explica que un mestizo peruano, algo acosado por la estructura social de España, sirviera en un ejército opresor, y en contra de moros rebeldes que en muchos de sus reclamos se asemejaban a los peruanos de Vilcabamba? ¿Acaso no sabía que los araucanos seguían, heroicamente, resistiendo a los españoles? ¿No sabía que en 1556 se había gestado en el Perú una rebelión de mestizos?". Igual reproche le hace el historiador Pablo Macera en *Vida, pasión y muerte del maestro Garcilaso*.

UN ESPÍRITU FINO

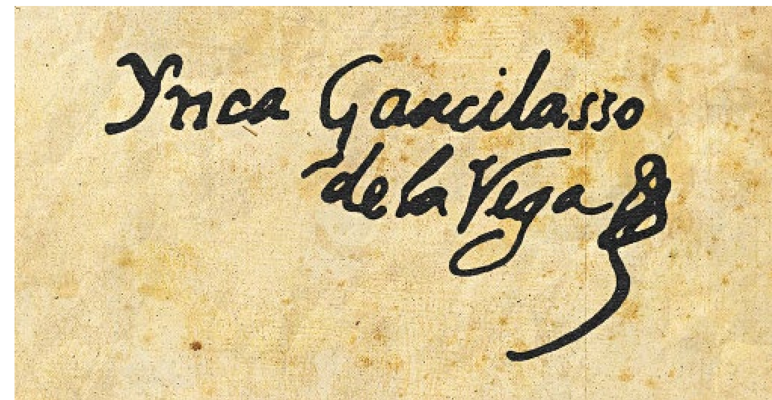
Después de las Alpujarras y ya en la tranquilidad de Montilla, Garcilaso comenzará a cultivar su espíritu. A conocer más sobre filosofía, retórica, letras y teología. La decisión de dedicarse enteramente a las letras se consolidó luego de tres acontecimientos: su alejamiento de la milicia en 1571, la muerte de Alonso de Vargas en 1570 –el tío que cuando llegó del Perú lo recibió con los brazos abiertos– y el fallecimiento de su madre, ocurrido en el Cuzco a finales del siguiente año. Todo ello, de acuerdo con los estudiosos de su obra, reavivó

sus lazos con la patria lejana y le generó la necesidad no solo de restituir la honra de su padre, sino de rendir tributo a la grandeza del imperio de los incas.

Durante más de una década, sin que le perturbara casi nada pues tenía dinero y bienes, se preparó y leyó con entusiasmo tanto en italiano como en latín, frecuentó a renombrados intelectuales hasta que en 1590 vio impresa su primera obra: la traducción de *Diálogos de amor*, libro que el filósofo judío portugués León Hebreo escribió en italiano. Garcilaso había terminado la traducción en 1586 y le puso por título: *La traducción del Indio de los tres Diálogos de Amor de León Hebreo hecha de Italiano en Español por Garcilaso Inca de La Vega*. Era la primera vez que el nombre de un peruano aparecía en la portada de un libro como autor y la primera vez también que este empleaba el título de inca. *Diálogos de amor* sintetiza una serie de saberes como el aristotelismo, el neoplatonismo, la astrología y la mitología. “La traducción fue la tercera versión al castellano; pero venció y eclipsó, a poco, por lo claro y lo puro de su estilo, la fidelidad ceñida al texto, y su amplio decoro literario a las dos traducciones anteriores”, sostiene Miró Quesada. Por su parte, el Nobel Mario Vargas Llosa (en el preámbulo del libro *Entre la espada y la pluma*, editado por Raquel Chang-Rodríguez), al comentar la famosa traducción, tiene para su autor frases tan elogiosas como hermosas: “El Inca Garcilaso de la Vega se ha vuelto un fino espíritu, impregnado de cultura renacentista y dueño de una prosa tan limpia como el aire de las alturas andinas”.

VIDA PRIVADA

En Montilla, Garcilaso tuvo una vida apacible, dedicada a la lectura, al campo y a la crianza de caballos, afición que nació en el Cuzco y que jamás abandonó. No por nada, en 1579, el Concejo de Montilla, en el concurso anual que solía hacer para elegir los mejores sementales de la zona, seleccionó como ganador a uno de los caballos del escritor, hecho que a él le alegró mucho.



» A partir del año 1596, Garcilaso se llamaría a sí mismo: Inca Garcilaso de la Vega.

En 1588 nació su único hijo, Diego de Vargas. Lo tuvo con su criada, Beatriz de Vega, pero nunca quiso reconocerlo y jamás lo mencionó ni en sus escritos, ni en su testamento. Su vida amorosa siempre fue un misterio. Nunca habló de ella y no se le conoció ningún romance en especial. Al respecto, el historiador cuzqueño Luis E. Valcárcel anota: “Amor, hondo y verdadero amor, no sabemos ni podrá saberse nunca, si él profesó a alguien y si fue o no correspondido”.

Se sabe que vivía con la mencionada Beatriz Vega, con Marina de Córdoba –su esclava morisca– y con María de Prados, a quien él mantenía desde los diez años y que no pasaba penurias económicas. Todo lo contrario, supo administrar bien sus rentas y herencias. En todo caso, si alguna vez estuvo en aprietos monetarios no fue por mucho tiempo. En 1586, por ejemplo, cuando muere la esposa de su querido tío Alonso Vargas, la mitad de su herencia fue para él.



» Busto del Inca Garcilaso, del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú.

En 1591 vendió su casa de Montilla y se trasladó definitivamente a Córdoba; alrededor de 1597 vistió los hábitos de clérigo pero nunca llegó a decir misa. El intelectual Luis Alberto Sánchez, en su libro *De Garcilaso Inca de la Vega. Primer criollo*, hace el siguiente comentario respecto

de este ordenamiento clerical: "Clérigo es Garcilaso, pero le flaquea la fe. Clérigo es –y piensa en el obispo Valverde, el que dispuso la ejecución de Atahualpa; en Arriaga, el que destruía jactanciosamente los instrumentos musicales de los Incas; en Acosta, el jesuita, que teoriza sobre la ruina del Imperio. Clérigo es…".

LA FLORIDA DEL INCA

Como se ha dicho, en 1590 se publicó por primera vez la traducción de *Diálogos de amor* hecha por Garcilaso. Para esa fecha, nuestro protagonista ya había casi terminado otra de sus obras fundamentales: *La Florida del Inca*. Este es sobre todo un libro de historia, escrito para que nadie olvide lo sucedido. En él relata, gracias a los testimonios que le diera el caballero Gonzalo Silvestre, los pormenores de la expedición que hizo Hernando de Soto a esa región de Norteamérica. Ocurre que cuando Garcilaso estuvo en Madrid, tramitando ante el Consejo de Indias los reclamos que ya se han detallado, conoció a Silvestre, quien andaba en lo mismo: también pedía una retribución por sus servicios prestados a la corona durante la expedición a La Florida, que se llevó a cabo entre 1539 y 1543, y por su apoyo a las fuerzas realistas en el Perú contra el rebelde Gonzalo Pizarro. (Silvestre permaneció en América 17 años).

Garcilaso y Silvestre trabaron amistad y se veían esporádicamente, de acuerdo con sus posibilidades, hasta que el segundo se retiró a un lugar denominado Las Posadas, un pueblo de Córdoba. Y claro, Garcilaso se mudó temporalmente cerca de él. El viejo conquistador se convirtió así en su principal fuente para escribir *La Florida*. En el texto final, nuestro cronista no reveló, aunque sí insinuó, el nombre de su informante. En 1910, José de la Riva-Agüero desentrañó la identidad de este.

Más adelante, Garcilaso encontraría otras fuentes para concluir su *Florida*. Son los documentos de dos expedicionarios, dos testigos presenciales de la gesta de Hernando de Soto: Alonso de Carmona y Juan Coles. Con ellos reelabora la historia y, finalmente, esta aparece impresa en 1605, el mismo año en que se publica *El Quijote de la Mancha*.

Mario Vargas Llosa, en el texto citado anteriormente, defiende a Garcilaso de los comentarios que en el transcurrir del tiempo surgieron a raíz de *La Florida del Inca* y que, sobre todo, se referían a la subjetividad del relato. ¿Qué era verdad y qué ficción? Consigna el Nobel: "Acaso debamos decir que, en su tiempo, las fronteras entre historia y literatura, entre realidad y ficción, eran imprecisas y con frecuencia desaparecían. Eso ocurre, más que en ninguna otra de sus obras, en *La Florida del Inca*, una historia que Garcilaso conoció a través de los recuerdos –materia subjetiva a más no poder– de un viejo soldado empeñado en destacar su protagonismo en la aventura, y de apenas un par de testimonios escritos". El Nobel advierte que aunque la materia prima de *La Florida* sea historia cierta, la manera como Garcilaso proyectó el libro, "de prosa cautivadora y diestro manejo narrativo", transforma el relato en narración épica. "En una hermosa ficción histórica, la primera de raigambre hispanoamericana".

Garcilaso quería dedicar *La Florida* a su pariente Garci Pérez de Vargas, por eso escribió también su "Relación de la descendencia de Garci Pérez" (fechada el 5 de mayo de 1596), un famoso capitán del rey Fernando el Santo. La genealogía quedó inédita y solo se publicaría póstumamente en 1929.

La Florida del Inca ha sido considerada, por cierto, una epopeya escrita en prosa y comparada con *La Araucana*, el poema épico de Alonso de Ercilla. ¿Acaso hay halago mayor?

COMENTARIOS REALES

Garcilaso había emprendido su más importante proyecto, los *Comentarios reales*, casi cuando comenzó a escribir *La Florida*. El 18 de septiembre de 1596 le mandó una carta al príncipe Maximiliano de Austria, solicitándole su apoyo para "acabar de tejer la historia de la Florida y urdir la del Perú".

Más adelante, el 7 de noviembre de 1598, le escribió al propio rey de España, informándole que había concluido *La Florida* y planeaba continuar con la historia de los incas: "(...) de las costumbres, ritos y ceremonias que en la gentilidad de los incas, señores que fueron del Perú, se guardaban en sus reinos; para V. M. las vea desde su origen y principio, escritas con alguna más certidumbre de las que ahora se han escrito".

Es probable que la idea de escribir los *Comentarios* le haya surgido a Garcilaso desde los años iniciales de su residencia en España, tras el incidente en el Consejo de Indias. Porras Barrenechea considera, no obstante, que el concepto se definió cuando nuestro escritor pudo acceder a la *Historia general de las Indias* de López de Gómara. El ejemplar, que Porras tuvo en sus manos (está en la Biblioteca Nacional), contiene anotaciones al margen tanto de Garcilaso como de su amigo Gonzalo Silvestre que rectifican y aclaran lo escrito por Gómara. "Las más extensas y demoradas –señala Porras– son las que se refieren a explicaciones lingüísticas, las más breves, a recuerdos anecdóticos (...) y las más pugnaces, las que tienden a defender la memoria de su padre (...) y a reivindicar a los indios del Cuzco".

La obra cumbre de Garcilaso está dividida en dos partes. En la primera, titulada *Comentarios reales de los incas*, narra la historia del Perú antes de la llegada de los españoles. Aquí el cronista describe todo el boato y la grandeza del imperio incaico; es decir, sus costumbres, religión, creencias, filosofía,

SEGUNDA PARTE

DE LOS

COMENTARIOS REALES,

QUE TRATAN

Del orígen de los Incas, reyes que fueron del Perú, de su idolatría, leyes y gobierno, en paz y en guerra, de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fue aquel imperio y su república antes que los españoles pasáran á él.

ESCRITOS

POR EL INCA GARCILASO DE LA VEGA,

natural del Cozco, y capitan de S. M.

NUEVA EDICION.

TOMO V.

MADRID: 1829.

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,

calle del Amor de Dios, núm. 14.

» La segunda parte de *Comentarios reales* que se publicó bajo el título de *Historia General del Perú*, apareció un año después de la muerte de Garcilaso.

forma de gobierno, vida cotidiana, etc. Es en realidad una verdadera joya de la literatura, aunque sus detractores aleguen que "idealiza" a los incas. La segunda parte, denominada *Historia general del Perú*, está dedicada a la conquista propiamente dicha, a sus consecuencias y a las guerras civiles que enfrentaron entre sí a los españoles.

Para escribir su monumental obra, Garcilaso recurrió a sus valiosísimos recuerdos, pidió información y datos a sus conocidos en el Cuzco y leyó abundantemente sobre el tema. Sus fuentes son los cronistas Pedro Cieza de León, José de Acosta, Agustín de Zárate y los ya mencionados López de Gómara y Diego Fernández. También le sirvió de mucho la *Historia de los Incas* del padre Blas Valera, un jesuita mestizo como el propio Garcilaso, nacido en Chachapoyas y que en 1590 viajó a Europa con la intención de que se imprimiesen sus obras. Durante su estadía en el Viejo Mundo estuvo en Cádiz, justo cuando esa ciudad fue saqueada por los ingleses (1595) e infortunadamente perdió muchos de sus escritos, entre ellos casi toda la historia que acabamos de mencionar y que constaba de cinco tomos. Solo se conservaron unos fragmentos. Después de la muerte de Valera, que aconteció en 1597, estos textos le fueron entregados al Inca Garcilaso de la Vega por el padre Pedro Maldonado de Saavedra. El mismo Garcilaso los menciona como fuente de sus *Comentarios*.

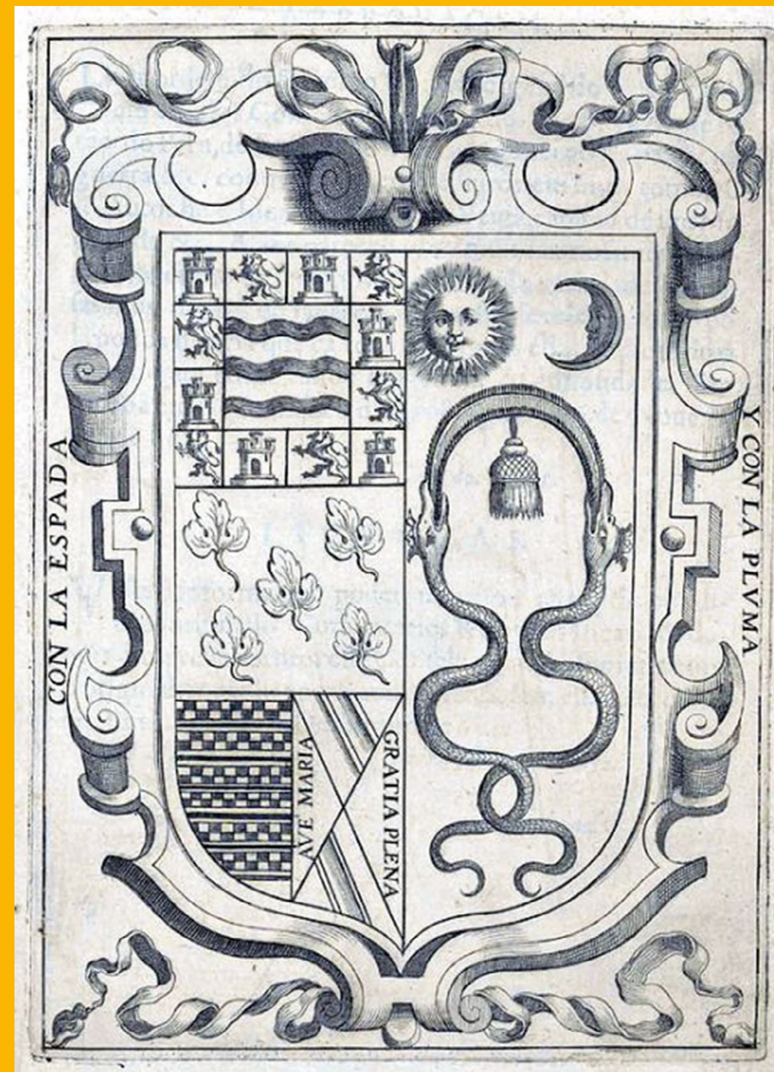
Sobre este tema, Miró Quesada da cuenta de una polémica que estuvo a punto de desatarse cuando el historiador y religioso Manuel González de la Rosa (1841-1912) dijo que la obra del cura Valera no se había perdido, sino que Garcilaso se había apoderado de ella y que lo del saqueo de Cádiz había sido solo una excusa. "Garcilaso –expresa con energía Miró Quesada– no solo no puede ser acusado de haber plagiado a Blas Valera sino, por lo contrario, es a él precisamente a quien se debe que el nombre del diligente e ilustre jesuita haya sido salvado del olvido".

Cabe señalar que la segunda parte de la obra máxima de Garcilaso, *Historia general del Perú* (publicada póstumamente), no lleva el título original que le dio su autor. Ocurre que en todos sus documentos, sin excepción, el autor habla de la "segunda parte de los *Comentarios reales*". Pero finalmente se publicó con el nombre mencionado.

González Vigil considera que la obra de Garcilaso reclama un estatuto original: "Es una historia, bellamente compuesta, que utiliza la forma de comentarios; de ahí que esta expresión, enriquecida por la sugerencia del adjetivo reales, no consienta la modificación por la expresión historia general...".

La primera parte de *Comentarios reales* apareció publicada en Lisboa en 1609 (justo cuando Garcilaso cumplía 70 años) por la casa editora de Pedro Crasbeeck. En la portada figura el escudo de armas del autor, que remarca su doble ascendencia, y que Miró Quesada describe así: "A un lado las armas de los Vargas, los Figueroa, los Sotomayor, los de la Vega con el 'Ave María'; y al otro las insignias imperiales de los Incas: el Sol, la Luna, el *llautu* trenzado y la *mascaipacha*". El título completo refleja, mejor que cualquier reseña, todo el contenido de esta obra: *Primera parte de los Comentarios Reales, que tratan del origen de los Incas, Reyes que fueron del Perú, de su idolatría, leyes y gobierno en paz y en guerra; de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fue aquel Imperio y su República, antes que los Españoles pasaran por él. Escritos por el Inca Garcilaso de la Vega, natural del Cuzco y capitán de su majestad. Dirigidos a la serenísima princesa doña Catalina de Portugal, duquesa de Braganza, etc. Con licencia de la Santa Inquisición, ordinario y paso. En Lisboa: en la oficina de Pedro Crasbeeck. Año de MDCIX.*

Muchos estudiosos coinciden en afirmar que la primera parte de los *Comentarios* fue escrita con nostalgia, con el objetivo de glorificar la estirpe materna y con "furia descriptiva".



» El Escudo de Armas de Garcilaso es una afirmación de su doble ascendencia. A un lado aparecen las armas sus antepasados paternos y al otro, los símbolos imperiales de los Incas. El escudo está rodeado por la frase: "Con la espada y con la pluma".

Garcilaso terminó de escribir la segunda parte de sus *Comentarios reales* en 1612. En ese mismo año compró una capilla en la catedral de Córdoba para su entierro. Al año siguiente, luego de hacerle algunas correcciones, el autor aprobó su impresión y en 1614 firmó el contrato para publicarlo. El propio Garcilaso reseña el contenido:

> Asimismo diré del descubrimiento y conquista del Perú lo que a mi padre y a sus contemporáneos, que lo ganaron, les oí y de esta misma relación diré el levantamiento general de los indios contra los españoles y las guerras civiles que sobre la partija hubo entre Pizarros y Almagros, que así se nombraron aquellos bandos, que para destrucción de todos ellos, y en castigo de sí propios, levantaron contra sí mismos. Y de las rebeliones que después en el Perú pasaron diré brevemente lo que oí, que aunque muchacho conocí a Gonzalo Pizarro (...) a don Sebastián de Castilla y a Francisco Hernández Girón, y tengo noticias de las cosas más notables que los Visoreyes después acá han hecho en el gobierno de aquel imperio.

Garcilaso no pudo ver, sin embargo, la impresión de esta segunda parte. Murió en abril de 1616, justo un año antes de que se publicara. La fecha es incierta. De acuerdo con Miró Quesada pudo ser el 22, tal como figura en las lápidas de mármol que se colocaron seis años después de su muerte, o al día siguiente según el inventario de sus bienes, o el 24, tal como se consigna en su partida de defunción. El 23 de abril de ese mismo año, coincidentemente, dejaron de existir otras dos glorias de las letras: Miguel de Cervantes y William Shakespeare.

El hecho es que cuatrocientos años después, la obra del "espiritualmente, primer peruano", como dijo Porras, sigue causando admiración, suscitando encuentros intelectuales en

cualquier lugar del mundo y motivando más y más reediciones. No en vano Luis E. Valcárcel lo considera "el creador de la patria peruana". Y es que, como él dice, sin sus *Comentarios* "no tendríamos una base literaria e histórica para hablar de la patria peruana desde tiempos lejanos".

La dedicatoria de Garcilaso en el prólogo de la segunda parte de los *Comentarios reales* es más que una invitación, un compromiso a seguir leyéndolo con fascinación:

"A los indios, mestizos y criollos de los reinos y provincias del grande y riquísimo imperio del Perú, el Inca Garcilaso de la Vega, su hermano, compatriota y paisano: ¡salud y felicidad!".

» CAPÍTULO III

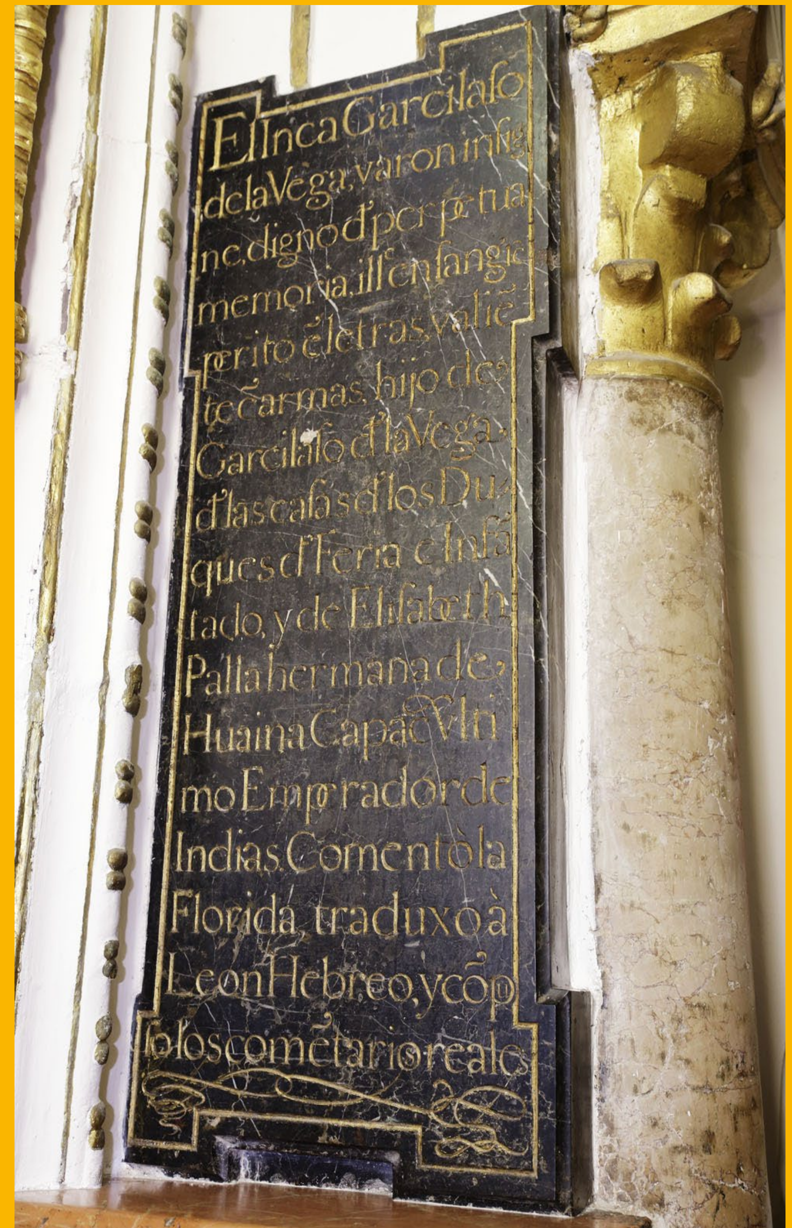
SU OBRA

En las siguientes páginas publicamos una selección de textos del Inca Garcilaso de la Vega. En primer lugar, un fragmento del proemio o introducción a *La Florida del Inca*. Notará el lector la referencia que hace el autor de su fuente y con qué elegancia elude revelar su nombre. También enfatiza la importancia de escribir las hazañas realizadas por los hombres para que no queden "en perpetuo olvido".

Asimismo incluimos algunos capítulos de sus magníficos *Comentarios reales*, a manera de invitación a los peruanos de todas las edades a leer su obra completa. El capítulo que dedica a "La poesía de los incas amautas, que son filósofos, y haravicus, que son poetas" es muy hermoso pues resalta el lado intelectual de esta cultura y su aprecio por las virtudes. Por otra parte, es verdaderamente interesante el capítulo en el que describe la majestuosidad del Coricancha.

Finalmente reproducimos un capítulo de su *Historia del Perú. Segunda parte de los Comentarios reales*, en el que da cuenta del primer encuentro de Atahualpa con los conquistadores españoles.

En todos los textos elegidos se ha actualizado la ortografía de acuerdo con las normas vigentes, para que su lectura sea accesible a más personas.



» Los restos del Inca Garcilaso de la Vega descansan en la Capilla de las Benditas Ánimas del Purgatorio, en la catedral de Córdoba.

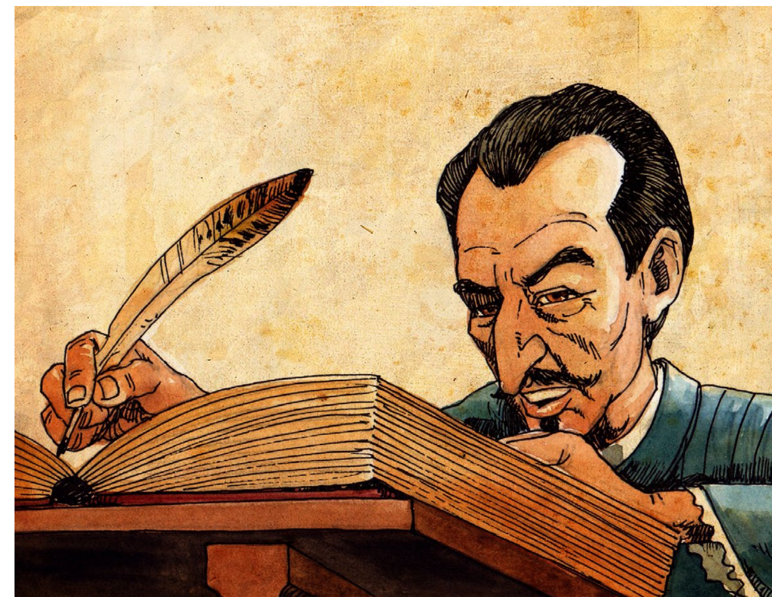
LA FLORIDA DEL INCA

Fragmento del proemio al lector

Conversando mucho tiempo y en diversos lugares con un caballero, grande amigo mío, que se halló en esta jornada y oyéndole muchas y muy grandes hazañas que en ella hicieron así españoles como indios, me pareció cosa indigna y de mucha lástima que obras tan heroicas que en el mundo han pasado quedasen en perpetuo olvido. Por lo cual, viéndome obligado de ambas naciones, porque soy hijo de un español y de una india, importuné muchas veces a aquel caballero para que escribiésemos esta historia, sirviéndole yo de escribiente. Y aunque de ambas partes se deseaba el efecto, lo estorbaban los tiempos y las ocasiones que se ofrecieron, ya de guerra por acudir yo a ella, ya de largas ausencias que entre nosotros hubo, en que se gastaron más de 20 años.

Empero, creciéndome con el tiempo el deseo y por otra parte el temor de que si alguno de los dos faltaba perecía nuestro intento, porque muerto yo no había él de tener quién le incitase y sirviese de escribiente, y faltándome él no sabía yo de quién podría haber la relación que él podía darme, determiné atajar los estorbos y dilaciones que había con dejar el asiento y la comodidad que tenía en un pueblo donde yo vivía y pasarme al suyo. Donde atendimos con cuidado y diligencia a escribir todo lo que en esta jornada sucedió desde el principio de ella hasta su fin, para honra y fama de la nación española que tan grandes cosas ha hecho en el Nuevo Mundo y no menos de los indios que en la historia se mostraren y parecieron dignos del mismo honor.

En la cual historia –sin las hazañas y trabajos que en particular y en común los cristianos pasaron e hicieron y sin las cosas notables que entre los indios se hallaron– se hace relación de las muchas y muy grandes provincias que el gobernador y adelantado Hernando de Soto y otros muchos caballeros extremeños, portugueses, andaluces, castellanos y de todas las demás provincias de España descubrieron en el gran reino de la Florida. Para que de hoy en más (borrado el mal nombre que aquella tierra tiene de estéril y cenagosa lo cual es la costa del mar) se esfuerce España a ganarla y poblarla aunque sin lo principal, que es el aumento de nuestra santa fe católica, no sea más que para hacer colonias donde envíe a habitar a sus hijos, como hacían los antiguos romanos cuando no cabían en su patria. Porque es tierra fértil y abundante de todo lo necesario para la vida humana y se puede fertilizar mucho más de lo que al presente lo es de suyo, con las semillas y ganados que de España y otras partes se pueden llevar, a que está muy dispuesta, como en el discurso de la historia se verá.



» Garcilaso escribe su segundo libro *La Florida del Inca*, alimentado por una fuente que él mantuvo anónima: Gonzalo Silvestre.

COMENTARIOS REALES

Libro primero
Capítulo XV
La fundación del Cuzco, ciudad imperial

La primera parada que en este valle hicieron –dijo el Inca– fue en el cerro llamado Huanacauri, al mediodía de esta ciudad. Allí procuró hundir en tierra la barra de oro, la cual con mucha facilidad se les hundió al primer golpe que dieron con ella, que no la vieron más. Entonces dijo nuestro Inca a su hermana y mujer: "En este valle manda nuestro padre el sol que paremos y hagamos nuestro asiento y morada para cumplir su voluntad. Por tanto, reina y hermana, conviene que cada uno por su parte vayamos a convocar y atraer esta gente, para doctrinarlos y hacer el bien que nuestro padre el sol nos manda".

Del cerro Huanacauri salieron nuestros primeros reyes, cada uno por su parte, a convocar las gentes, y por ser aquel lugar el primero de que tenemos noticia que hubiesen hollado con sus pies por haber salido de allí a bien hacer a los hombres, teníamos hecho en él, como es notorio, un templo para adorar a nuestro padre el sol, en memoria de esta merced y beneficio que hizo al mundo.

El príncipe fue al septentrión y la princesa al mediodía. A todos los hombres y mujeres que hallaban por aquellos breñales les hablaban y decían cómo su padre el sol los había enviado del cielo para que fuesen maestros y bienhechores de los moradores de toda aquella tierra, sacándoles de la vida ferina que tenían y mostrándoles a vivir como hombres, y que en cumplimiento de lo que el sol, su padre, les había mandado, iban a convocarlos y sacar de aquellos montes y malezas y reducirlos a morar en pueblos poblados y a darles para comer manjares de hombres y no de bestias.



» En su proemio a los *Comentarios reales*, Garcilaso compara al Tahuantinsuyo con el Imperio Romano. Aquí, "La marcha del Inca", de Teófilo Castillo.

Estas cosas y otras semejantes dijeron nuestros reyes a los primeros salvajes que por estas tierras y montes hallaron, los cuales, viendo aquellas dos personas vestidas y adornadas con los ornamentos que nuestro padre el sol les había dado (hábito muy diferente del que ellos traían) y las orejas horadadas y tan abiertas como sus descendientes las traemos (y que en sus palabras y rostro mostraban ser hijos del sol y que venían a los hombres para darles pueblos en que viviesen y mantenimientos que comiesen) maravillados por una parte de lo que veían y por otra aficionados de las promesas que les hacían, les dieron entero crédito a todo lo que les dijeron y los adoraron y reverenciaron como a hijos del sol y obedecieron como a reyes. Y convocándose los mismos salvajes unos a otros y refiriendo las maravillas que habían visto y oído, se juntaron en gran número hombres y mujeres y salieron con nuestros reyes para los seguirlos donde ellos quisiesen llevarlos.

Nuestros príncipes, viendo la mucha gente que se les allegaba, dieron orden que unos se ocupasen en proveer de su comida campestre para todos, por que la hambre no los volviese a derramar por los montes. Mandó que otros trabajasen en hacer chozas y casas, dando el Inca la traza cómo las habían de hacer.

De esta manera se principió a poblar esta nuestra imperial ciudad, dividida en dos medios que llamaron *hanan* Cuzco, que como sabes quiere decir Cuzco el alto, y *hurin* Cuzco, que es Cuzco el bajo. Los que atrajo el rey quiso que poblasen a *hanan* Cuzco, y por esto le llaman el alto, y los que convocó la reina que poblasen a *hurin* Cuzco, y por eso le llamaron el bajo.

Esta división de ciudad no fue para que los de la una mitad se aventajasen de la otra mitad en exenciones

y preeminencias, sino que todos fuesen iguales como hermanos, hijos de un padre y de una madre. Solo quiso el Inca que hubiese esta división de pueblo y diferencia de nombres alto y bajo para que quedase perpetua memoria de que a los unos había convocado el rey y a los otros la reina. Y mandó que entre ellos hubiese sola una diferencia y reconocimiento de superioridad: que los del Cuzco alto fuesen respetados y tenidos como primogénitos, hermanos mayores, y los del bajo fuesen como hijos segundos; y en suma, fuesen como el brazo derecho y el izquierdo en cualquiera preeminencia de lugar y oficio, por haber sido los del alto atraídos por el varón y los del bajo por la hembra. A semejanza de esto hubo después esta misma división en todos los pueblos grandes o chicos de nuestro Imperio, que los dividieron por barrios o por linajes, diciendo *hanan ayllu* y *hurin ayllu*, que es el linaje alto y el bajo; *hanan suyu* y *hurin suyu*, que es el distrito alto y bajo.

Juntamente, poblando la ciudad, enseñaba nuestro Inca a los indios varones los oficios pertenecientes a varón, como romper y cultivar la tierra y sembrar las mieses, semillas y legumbres que les mostró que eran de comer y provechosas, para lo cual les enseñó a hacer arados y los demás instrumentos necesarios y les dio orden y manera como sacasen acequias de los arroyos que corren por este valle del Cuzco, hasta enseñarles a hacer el calzado que traemos. Por otra parte, la reina industriaba a las indias en los oficios mujeriles, a hilar y tejer algodón y lana y hacer de vestir para sí y para sus maridos e hijos. Decíales cómo habían de hacer los demás oficios del servicio de casa.

En suma, ninguna cosa de las que pertenecen a la vida humana dejaron nuestros príncipes de enseñar a sus primeros vasallos, haciéndose el Inca rey maestro de los varones y la coya reina maestra de las mujeres.

LIBRO SEGUNDO

Capítulo XXIII

Tuvieron cuenta con los eclipses del sol y lo que hacían con los de la luna

Contaron los meses por lunas, de una luna nueva a otra (y así llaman al mes quilla, también como a la luna). Dieron su nombre a cada mes; contaron los medios meses por la creciente y menguante de ella; contaron las semanas por los cuartos, aunque no tuvieron nombres para los días de la semana. Tuvieron cuenta con los eclipses del sol y de la luna, mas no alcanzaron las causas. Decían al eclipse solar que el sol estaba enojado por algún delito que habían hecho contra él, pues mostraba su cara turbada como hombre airado, y pronosticaban (a semejanza de los astrólogos) que les había de venir algún grave castigo.

Al eclipse de la luna, viéndola ir negreciendo, decían que enfermaba la luna, y que si acababa de oscurecerse había de morir y caerse del cielo y cogerlos a todos debajo y matarlos, y que se había de acabar el mundo. Por este miedo, en empezando a eclipsarse la luna, tocaban trompetas, cornetas, caracoles y atabales y atambores y cuantos instrumentos podían haber que hiciesen ruido. Ataban los perros grandes y chicos, dábanles muchos palos para que aullasen y llamasen la luna, que, por cierta fábula que ellos contaban, decían que la luna era aficionada a los perros, por cierto servicio que le habían hecho, y que, oyéndolos llorar, habría lástima de ellos y recordaría del sueño que la enfermedad le causaba.

Para las manchas de la luna decían otra fábula más simple que la de los perros, que aun aquella se podía añadir a las que la gentilidad antigua inventó y compuso a su Diana, haciéndola cazadora. Mas la que sigue es bestialísima. Dicen que una zorra se enamoró de la luna viéndola tan hermosa, y que, por visitarla, subió al cielo, y cuando quiso echar mano de ella, la luna se abrazó con la zorra y la pegó a sí, y que de



» Guamán Poma, como Garcilaso, también ilustra la sabia relación que los Incas mantuvieron con los astros.

esto se le hicieron las manchas. Por esta fábula tan simple y tan desordenada se podrá ver la simplicidad de aquella gente.

Mandaban a los muchachos y niños que llorasen y diesen grandes voces y gritos llamándola *mama quilla* (que es madre luna), rogándole que no se muriese, por que no pereciesen todos. Los hombres y las mujeres hacían lo mismo. Había un ruido y una confusión tan grande que no se puede encarecer.

Conforme al eclipse grande o pequeño, juzgaban que había sido la enfermedad de la luna. Pero si llegaba a ser total, ya no había que juzgar sino que estaba muerta, y por momentos temían el caer la luna y el perecer de ellos. Entonces era más de veras el llorar y plañir, como gente que veía al ojo la muerte de todos y acabarse el mundo. Cuando veían que la luna iba poco a poco volviendo a cobrar su luz, decían que convalecía de su enfermedad, porque el Pachacámac, que era el sustentador del universo, le había dado salud y mandádole que no muriese, porque no pereciese el mundo. Y cuando acababa de estar del todo clara, le daban la enhorabuena de su salud y muchas gracias porque no se había caído. Todo esto de la luna vi por mis ojos.

Al día llamaron *punchau* y a la noche *tuta*, al amanecer *pacari*; tuvieron nombres para significar el alba y las demás partes del día y de la noche, como media noche y medio día. Tuvieron cuenta con el relámpago, trueno y rayo, y a todos tres en junto llamaron *illapa*. No los adoraron por dioses, sino que los honraban y estimaban por criados del sol. Creyeron que residían en el aire, mas no en el cielo. El mismo acatamiento hicieron al arco del cielo, por la hermosura de sus colores y porque alcanzaron que procedía del sol, y los reyes Incas lo pusieron en sus armas y divisa. En la casa del sol dieron aposento de por sí a cada cosa de estas, como en su lugar diremos.

En la vía que los astrólogos llaman láctea, en unas manchas negras que van por ella a la larga, quisieron imaginar que

había una figura de oveja con su cuerpo entero, que estaba amamantando un cordero. A mí me la querían mostrar, diciendo: “¿Ves allí la cabeza de la oveja? ¿Ves acullá la del cordero mamando? ¿Ves el cuerpo, brazos y piernas del uno y del otro”. Mas yo no veía las figuras, sino las manchas, y debía de ser por no saberlas imaginar. Empero no hacían caudal de aquellas figuras para su astrología, más de quererlas pintar imaginándolas, ni echaban juicios ni pronósticos ordinarios por señales del sol ni de la luna ni de los cometas, sino para cosas muy raras y muy grandes, como muertes de reyes o destrucción de reinos y provincias. Adelante, en sus lugares diremos de algunos cometas, si llegamos allá.

Para las cosas comunes más aína hacían sus pronósticos y juicios de los sueños que soñaban y de los sacrificios que hacían, que no de las estrellas ni señales del aire. Y es cosa espantosa oír lo que decían y pronosticaban por los sueños, que, por no escandalizar al vulgo, no digo lo que en esto pudiéramos contar.

Acerca de la estrella Venus, que unas veces la veían al anochecer y otras al amanecer, decían que el sol, como señor de todas las estrellas, mandaba que aquella, por ser más hermosa que todas las demás, anduviese cerca de él, unas veces delante y otras atrás.

Cuando el sol se ponía, viéndole trasponer por la mar (porque todo el Perú a la larga tiene la mar al poniente), decían que entraba en ella, y que con su fuego y calor secaba gran parte de las aguas de la mar, y que, como un gran nadador, daba una zambullida por debajo de la tierra para salir otro día al oriente, dando a entender que la tierra está sobre el agua. Del ponerse la luna ni de las otras estrellas no dijeron nada. Todas estas boberías tuvieron en su astrología los Incas, de donde se podrá ver cuán poco alcanzaron de ella, y baste esto de la astrología de ellos.



» Imponente símbolo del “sistema de autoridades tradicionales”: el varayoc. Es además, Patrimonio Cultural de la Nación.

LIBRO SEGUNDO

Capítulo XXIV
La medicina que alcanzaron y la manera de curarse

Es así que atinaron que era cosa provechosa, y aun necesaria, la evacuación por sangría y purga, y por ende se sangraban de brazos y piernas, sin saber aplicar las sangrías ni la disposición de las venas para tal o tal enfermedad, sino que abrían la que estaba más cerca del dolor que padecían. Cuando sentían mucho dolor de cabeza, se sangraban de la junta de las cejas, encima de las narices. La lanceta era una punta de pedernal que ponían en un palillo hendido y lo ataban por que no se cayese, y aquella punta ponían sobre la vena y encima le daban un papirote, y así abrían la vena con menos dolor que con las lancetas comunes. Para aplicar las purgas tampoco supieron conocer los humores por la orina, ni miraban en ella, ni supieron qué cosa era cólera, ni flema, ni melancolía.

Purgábanse de ordinario cuando se sentían apesgados y cargados, y era en salud más que no en enfermedad. Tomaban (sin otras yerbas que tienen para purgarse) unas raíces blancas que son como nabos pequeños. Dicen que de aquellas raíces hay macho y hembra; toman tanto de una como de otra, en cantidad de dos onzas, poco más o menos, y, molida, la dan en agua o en el brebaje que ellos beben, y habiéndola tomado, se echa[n] al sol para que su calor ayude a obrar. Pasada una hora o poco más, se sienten tan descoyuntados que no se pueden tener. Semejan a los que se marean cuando nuevamente entran en la mar; la cabeza siente grandes vaguidos y desvanecimientos; parece que por los brazos y piernas, venas y nervios y por todas las coyunturas del cuerpo andan hormigas; la evacuación casi siempre es por ambas vías de vómitos y cámaras. Mientras ella dura, está el paciente totalmente descoyuntado y mareado, de manera

que quien no tuviere experiencia de los efectos de aquella raíz entenderá que se muere el purgado; no gusta de comer ni de beber, echa de sí cuantos humores tiene; a vueltas salen lombrices y gusanos y cuantas sabandijas allá dentro se crían.

Acabada la obra, queda con tan buen aliento y tanta gana de comer que se comerá cuanto le dieren. A mí me purgaron dos veces por un dolor de estómago que en diversos tiempos tuve, y experimenté todo lo que he dicho.

Estas purgas y sangrías mandaban hacer los más experimentados en ellas, particularmente viejas (como acá las parteras) y grandes herbolarios, que los hubo muy famosos en tiempo de los Incas, que conocían la virtud de muchas yerbas y por tradición las enseñaban a sus hijos, y estos eran tenidos por médicos, no para curar a todos, sino a los reyes y a los de su sangre y a los curacas y a sus parientes. La gente común se curaban unos a otros por lo que habían oído de medicamentos. A los niños de teta, cuando los sentían con alguna indisposición, particularmente si el mal era de calentura, los lavaban con orines por las mañanas para envolverlos, y, cuando podían haber de los orines del niño, le daban a beber algún trago. Cuando al nacer de los niños les cortaban el ombligo, dejaban la tripilla larga como un dedo, la cual después se le caía, guardaban con grandísimo cuidado y se la daban a chupar al niño en cualquiera indisposición que le sentían y para certificarse de la indisposición, le miraban la pala de la lengua, y, si la veían desblanquecida, decían que estaba enferma y entonces le daban la tripilla para que la chupase. Había de ser la propia, porque la ajena decían que no le aprovechaba.

Los secretos naturales de estas cosas ni me las dijeron ni yo las pregunté, mas de que las vi hacer. No supieron tomar el pulso y menos mirar la orina; la calentura conocían por el demasiado calor del cuerpo. Sus purgas y sangrías más eran en pie que después de caídos. Cuando se habían rendido a la enfermedad no hacían medicamento alguno; dejaban obrar la naturaleza y guardaban su dieta. No alcanzaron el uso común de la medicina que llaman purgadera (que es cristal), ni supieron aplicar emplastos ni unciones, sino muy pocas y de cosas muy comunes. La gente común y pobre se había en sus enfermedades poco menos que bestias.

Al frío de la terciana o cuartana llaman *chucchu*, que es temblar; a la calentura llaman *rupa*, r. sencilla, que es quemarse: temían mucho estas tales enfermedades por los extremos, ya de frío, ya de calor.

LIBRO SEGUNDO

Capítulo XXVII

La poesía de los incas amautas, que son filósofos, y haravicus, que son poetas

No les faltó habilidad a los amautas, que eran los filósofos, para componer comedias y tragedias, que en días y fiestas solemnes representaban delante de sus reyes y de los señores que asistían en la corte. Los representantes no eran viles, sino Incas y gente noble, hijos de curacas y los mismos curacas y capitanes, hasta maeses de campo, porque los autos de las tragedias se representaban al propio, cuyos argumentos siempre eran de hechos militares, de triunfos y victorias, de las hazañas y grandezas de los reyes pasados y de otros heroicos varones.

Los argumentos de las comedias eran de agricultura, de hacienda, de cosas caseras y familiares. Los representantes, luego que se acababa la comedia, se sentaban en sus lugares conforme a su calidad y oficios. No hacían entremeses deshonestos, viles y bajos: todo era de cosas graves y honestas,

con sentencias y donaires permitidos en tal lugar. A los que se aventajaban en la gracia del representar les daban joyas y favores de mucha estima.

De la poesía alcanzaron otra poca, porque supieron hacer versos cortos y largos, con medida de sílabas: en ellos ponían sus cantares amorosos con tonadas diferentes, como se ha dicho. También componían en verso las hazañas de sus reyes y de otros famosos Incas y curacas principales, y los enseñaban a sus descendientes por tradición, para que se acordasen de los buenos hechos de sus pasados y los imitasen: los versos eran pocos, porque la memoria los guardase; empero muy compendiosos, como cifras. No usaron de consonante en los versos; todos eran sueltos. Por la mayor parte semejaban a la natural compostura española que llaman redondillas.

Una canción amorosa compuesta en cuatro versos me ofrece la memoria; por ellos se verá el artificio de la compostura y la significación abreviada, compendiosa, de lo que en su rusticidad querían decir. Los versos amorosos hacían cortos, porque fuesen más fáciles de tañer en la flauta. Holgara poner también la tonada en puntos de canto de órgano, para que se viera lo uno y lo otro, mas la impertinencia me excusa del trabajo. La canción es la que se sigue y su traducción en castellano:

Caylla llapi *Puñunqui* *Chaupituta* *Samúsac*	**quiere decir:**	Al cántico Dormirás Media noche Yo vendré.

Y más propiamente dijera: veniré, sin el pronombre yo, haciendo tres sílabas del verbo, como las hace el indio, que no nombra la persona, sino que la incluye en el verbo, por la medida del verso. Otras muchas maneras de versos alcanzaron los Incas poetas, a los cuales llamaban *haráuec*, que en propia significación quiere decir inventador.

En los papeles del padre Blas Valera hallé otros versos que él llama espondaicos: todos son de a cuatro sílabas, a diferencia de estos otros que son de a cuatro y de a tres. Escríbelos en indio y en latín. Son en materia de astrología. Los Incas poetas los compusieron filosofando las causas segundas que Dios puso en la región del aire, para los truenos, relámpagos y rayos, y para el granizar, nevar y llover, todo lo cual dan a entender en los versos, como se verá. Hiciéronlos conforme a una fábula que tuvieron, que es la que se sigue.

Dicen que el Hacedor puso en el cielo una doncella, hija de un rey, que tiene un cántaro lleno de agua, para derramarla cuando la tierra la ha menester, y que un hermano de ella lo quiebra a sus tiempos, y que del golpe se causan los truenos, relámpagos y rayos. Dicen que el hombre los causa, porque son hechos de hombres feroces y no de mujeres tiernas. Dicen que el granizar, llover y nevar lo hace la doncella, porque son hechos de más suavidad y blandura y de tanto provecho.

Dicen que un inca poeta y astrólogo hizo y dijo los versos, loando las excelencias y virtudes de la dama, y que Dios se las había dado para que con ellas hiciese bien a las criaturas de la tierra.

La fábula y los versos, dice el padre Blas Valera que halló en los nudos y cuentas de unos anales antiguos, que estaban en hilos de diversos colores, y que la tradición de los versos y de la fábula se la dijeron los indios contadores, que tenían cargo de los nudos y cuentas historiales, y que, admirado de que los amautas hubiesen alcanzado tanto, escribió los versos y los tomó de memoria para dar cuenta de ellos.

Yo me acuerdo haber oído esta fábula en mi niñez con otras muchas que me contaban mis parientes, pero, como niño y muchacho, no les pedí la significación, ni ellos me la dieron.

Para los que no entienden indio ni latín me atreví a traducir los versos en castellano, arrimándome más a la significación de la lengua que mamé en la leche que no a la ajena latina, porque lo poco que de ella sé lo aprendí en el mayor fuego de las guerras de mí tierra, entre armas y caballos, pólvora y arcabuces, de que supe más que de letras.

El padre Blas Valera imitó en su latín las cuatro sílabas del lenguaje indio en cada verso, y está muy bien imitado; yo salí de ellas porque en castellano no se pueden guardar, que, habiendo de declarar por entero la significación de las palabras indias, en unas son menester más sílabas y en otras menos.

Ñusta, quiere decir doncella de sangre real, y no se interpreta con menos, que, para decir doncella de las comunes, dicen tazque. *China* llaman a la doncella muchacha de servicio. *Illapantac* es verbo: incluye en su significación la de tres verbos que son tronar, relampaguear y caer rayos, y así los puso en dos versos el Padre Maestro Blas Valera, porque el verso anterior, que es *cunuñunun*, significa hacer estruendo, y no lo puso aquel autor por declarar las tres significaciones del verbo *illapantac*. *Unu* es agua, para es llover, *chichi* es granizar, *riti* es nevar. *Pachacámac* quiere decir el que hace con el universo lo que el alma con el cuerpo. *Huiracocha* es el nombre de un dios moderno que adoraban, cuya historia veremos adelante muy a la larga. *Chura* quiere decir poner, *cama* es dar alma, vida, ser y sustancia.

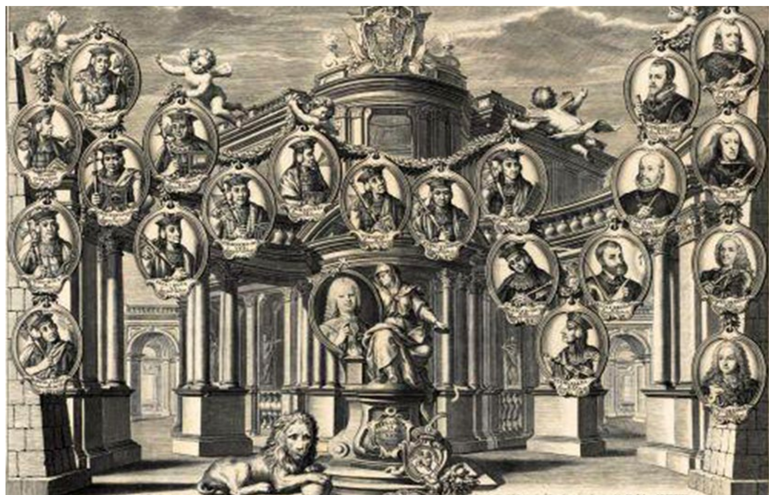
Conforme a esto diremos lo menos mal que supiéremos, sin salir de la propia significación del lenguaje indio; los versos son los que se siguen, en las tres lenguas:

Súmac ñusta	*Pulchra Nimpha*	Hermosa doncella
toralláyquim	*frater tuus*	aquese tu hermano
puyñuyquita	*urnam tuam*	el tu cantarillo
paquircayan	*nunc infringit*	lo está quebrantando,
Hinaman	*cuius ictus*	y de aquesta causa
cunuñunun	*tonat fulget*	truena y relampaguea,
Illapántac	*Fulminatque*	También caen rayos.
camri ñusta	*sed tu ninpha*	Tú, real doncella,
unuyquita	*tuam limphan*	tus muy lindas aguas
para munqui	*fundens pluis*	nos darás lloviendo.
Mai ñimpiri	*Interdumque*	También a las veces
chichi munqui	*grandinem seu*	granizarnos has,
riti munqui	*nivem mittis*	Nevarás asimismo.
Pacharúrac	*Mundi factor*	El Hacedor del Mundo,
Pachacámac	*Pachacámac*	El Dios que le anima,
Huiracocha	*Huiracocha*	El gran Huiracocha,
cay hinápac	*ad hoc munus*	para aqueste oficio
churasunqui	*te sufficit*	ya te colocaron
camasunqui.	*ac praefecit.*	y te dieron alma.

Esto puse aquí por enriquecer mi pobre historia, porque cierto, sin lisonja alguna, se puede decir que todo lo que el padre Blas Valera tenía escrito eran perlas y piedras preciosas: no mereció mi tierra verse adornada de ellas.

Dícenme que en estos tiempos se dan mucho los mestizos a componer en indio estos versos, y otros de muchas maneras, así a lo divino como a lo humano. Dios les dé su gracia para que le sirvan en todo.

Tan tasada y tan cortamente como se ha visto sabían los Incas del Perú las ciencias que hemos dicho, aunque si



» Sucesión de los Incas y Reyes del Perú, según dibujo de Diego Villanueva. Este grabado calcográfico apareció inserto en la Relación histórica del viaje a la América Meridional, por Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en 1748.

tuvieran letras las pasaran adelante poco a poco, con la herencia de unos a otros, como hicieron los primeros filósofos y astrólogos.

Solo en la filosofía moral se extremaron así en la enseñanza de ella como en usar las leyes y costumbres que guardaron, no solo entre los vasallos, cómo se debían tratar unos a otros, conforme a ley natural, mas también cómo debían obedecer, servir y adorar al rey y a los superiores y cómo debía el rey gobernar y beneficiar a los curacas y a los demás vasallos y súbditos inferiores. En el ejercicio de esta ciencia se desvelaron tanto que ningún encarecimiento llega a ponerla en su punto, porque la experiencia de ella les hacía pasar adelante, perfeccionándola de día en día y de bien en mejor, la cual experiencia les faltó en las demás ciencias, porque no podían manejarlas tan materialmente como la moral ni

ellos se daban a tanta especulación como aquellas requieren, porque se contentaban con la vida y ley natural, como gente que de su naturaleza era más inclinada a no hacer mal que a saber bien. Mas con todo eso Pedro de Cieza de León, capítulo treinta y ocho, hablando de los Incas y de su gobierno, dice: "Hicieron tan grandes cosas y tuvieron tan buena gobernación que pocos en el mundo les hicieron ventaja".

> Y el Padre Maestro Acosta, libro sexto, capítulo primero, dice lo que se sigue en favor de los Incas y de los mexicanos: Habiendo tratado lo que toca a la religión que usaban los indios, pretendo en este libro escribir sus costumbres y policía y gobierno para dos fines. El uno, deshacer la falsa opinión que comúnmente se tiene de ellos como de gente bruta y bestial y sin entendimiento, o tan corto que apenas merece ese nombre; del cual engaño se sigue hacerles muchos y muy notables agravios, sirviéndose de ellos poco menos que de animales y despreciando cualquiera género de respeto que se les tenga, que es tan vulgar y tan pernicioso engaño, como saben los que con algún celo y consideración han andado entre ellos y visto y sabido sus secretos y avisos, y juntamente el poco caso que de todos ellos hacen los que piensan que saben mucho, que son de ordinario los más necios y más confiados de sí.
>
> Esta tan perjudicial opinión no veo medio con que pueda mejor deshacerse que con dar a entender el orden y modo de proceder que estos tenían cuando vivían en su ley, en la cual, aunque tenían muchas cosas de bárbaros y sin fundamento, pero había también otras muchas dignas de admiración, por las cuales se deja bien entender que tienen natural capacidad para ser bien enseñados, y aun en gran parte hacen ventaja a muchas de nuestras repúblicas.

> Y no es de maravillar que se mezclasen yerros graves, pues en los más estirados de los legisladores y filósofos, se hallan, aunque entren Licurgo y Platón en ellos. Y en las más sabias repúblicas, como fueron la romana y la ateniense, vemos ignorancias dignas de risa, que cierto que si las repúblicas de los mexicanos y de los Incas se refirieran en tiempo de romanos o griegos, fueran sus leyes y gobierno estimados. Mas como sin saber nada de esto entramos por la espada sin oírles ni entenderles, no nos parece que merecen reputación las casas de los indios, sino como de caza habida en el monte y traída para nuestro servicio y antojo.
>
> Los hombres más curiosos y sabios que han penetrado y alcanzado sus secretos, su estilo y gobierno antiguo, muy de otra suerte lo juzgan, maravillándose que hubiese tanta orden y razón entre ellos.

Hasta aquí es del Padre Maestro Joseph de Acosta, cuya autoridad, pues es tan grande, valdrá para todo lo que hasta aquí hemos dicho y adelante diremos de los Incas, de sus leyes y gobierno y habilidad, que una de ellas fue que supieron componer en prosa, tan bien como en verso, fábulas breves y compendiosas por vía de poesía, para encerrar en ellas doctrina moral o para guardar alguna tradición de su idolatría o de los hechos famosos de sus reyes o de otros grandes varones, muchas de las cuales quieren los españoles que no sean fábulas, sino historias verdaderas, porque tienen alguna semejanza de verdad. De otras muchas hacen burla, por parecerles que son mentiras mal compuestas, porque no entienden la alegoría de ellas. Otras muchas hubo torpísimas, como algunas que hemos referido. Quizá en el discurso de la historia se nos ofrecerán algunas de las buenas que declaremos.

LIBRO TERCERO

Capítulo XX
La descripción del templo del sol y sus grandes riquezas

Uno de los principales ídolos que los reyes Incas y sus vasallos tuvieron fue la imperial ciudad del Cuzco, que la adoraban los indios como a cosa sagrada, por haberla fundado el primer Inca Manco Cápac y por las innumerables victorias que ella tuvo en las conquistas que hizo y porque era casa y corte de los Incas, sus dioses.

De tal manera era su adoración que aun en cosas muy menudas la mostraban, que si dos indios de igual condición se topaban en los caminos, el uno que fuese del Cuzco y el otro que viniese a él, el que iba era respetado y acatado del que venía como superior de inferior, solo por haber estado e ir de la ciudad, cuanto más si era vecino de ella y mucho más si era natural.

Lo mismo era en las semillas y legumbres o cualquiera otra cosa que llevasen del Cuzco a otras partes, que, aunque en la calidad no se aventajase, solo por ser de aquella ciudad era más estimada que las de otras regiones y provincias. De aquí se sacará lo que habría en cosas mayores.

Por tenerla en esta veneración la ennoblecieron aquellos reyes lo más que pudieron con edificios suntuosos y casas reales que muchos de ellos hicieron para sí, como en la descripción de ella diremos de algunas de las casas. Entre las cuales, y en la que más se esmeraron, fue la casa y templo del sol, que la adornaron de increíbles riquezas, aumentándolas cada Inca de por sí y aventajándose del pasado.

Fueron tan increíbles las grandezas de aquella casa que no me atreviera yo a escribirlas si no las hubieran escrito todos los españoles historiadores del Perú. Mas ni lo que ellos dicen ni lo que yo diré alcanza a significar las que fueron. Atribuyen

el edificio de aquel templo al rey Inca Yupanqui, abuelo de Huayna Cápac, no porque él lo fundase, que desde el primer Inca quedó fundado, sino porque lo acabó de adornar y poner en la riqueza y majestad que los españoles lo hallaron.

Viniendo, pues, a la traza del templo, es de saber que el aposento del sol era lo que ahora es la iglesia del divino Santo Domingo, que por no tener la precisa anchura y largura suya no la pongo aquí; la pieza, en cuanto su tamaño, vive hoy. Es labrada de cantería llana, muy prima y pulida.

El altar mayor (digámoslo así para darnos a entender, aunque aquellos indios no supieron hacer altar) estaba al oriente. La techumbre era de madera muy alta, por que tuviese mucha corriente; la cobija fue de paja, porque no alcanzaron a hacer teja. Todas las cuatro paredes del templo estaban cubiertas de arriba abajo de planchas y tablones de oro. En el testero que llamamos altar mayor tenían puesta la figura del sol, hecha de una plancha de oro al doble más gruesa que las otras planchas que cubrían las paredes. La figura estaba hecha con su rostro en redondo y con sus rayos y llamas de fuego todo de una pieza, ni más ni menos que la pintan los pintores. Era tan grande que tomaba todo el testero del templo, de pared a pared.

No tuvieron los Incas otros ídolos suyos ni ajenos con la imagen del sol en aquel templo ni otro alguno, porque no adoraban otros dioses sino al sol, aunque no falta quien diga lo contrario.

Esta figura del sol cupo en suerte, cuando los españoles entraron en aquella ciudad, a un hombre noble, conquistador de los primeros, llamado Mancio Serra de Leguízamo, que yo conocí y dejé vivo cuando me vine a España, gran jugador de todos juegos, que con ser tan grande la imagen, la jugó y perdió en una noche. De donde podremos decir, siguiendo al



» En sus *Comentarios*, Garcilaso nos cuenta como se construyó el Coricancha. Su posterior destrucción es el tema de esta pintura de Teófilo Castillo.

Padre Maestro Acosta, que nació el refrán que dice: "Juega el sol antes que amanezca". Después, el tiempo adelante, viendo el cabildo de aquella ciudad cuán perdido andaba este su hijo por el juego, por apartarlo de él lo eligió un año por alcalde ordinario. El cual acudió al servicio de su patria con tanto cuidado y diligencia (porque tenía muy buenas partes de caballero) que todo aquel año no tomó naipe en la mano. La ciudad, viendo esto, le ocupó otro año y otros muchos en oficios públicos. Mancio Sierra, con la ocupación ordinaria, olvidó el juego y lo aborreció para siempre, acordándose de los muchos trabajos y necesidades en que cada día le ponía. Donde se ve claro cuánto ayuda la ociosidad al vicio y cuán de provecho sea la ocupación a la virtud.

Volviendo a nuestra historia, decimos que por sola aquella pieza que cupo de parte a un español, se podrá sacar el tesoro que en aquella ciudad y su templo hallaron los españoles.

A un lado y a otro de la imagen del sol estaban los cuerpos de los reyes muertos, puestos por su antigüedad, como hijos de ese sol, embalsamados, que (no se sabe cómo) parecían estar vivos. Estaban asentados en sus sillas de oro, puestas sobre los tablones de oro en que solían asentarse. Tenían los rostros hacia el pueblo. Solo Huayna Cápac se aventajaba de los demás, que estaba puesto delante de la figura del sol, vuelto el rostro hacia él, como hijo más querido y amado, por haberse aventajado de los demás, pues mereció que en vida le adorasen por dios por las virtudes y ornamentos reales que mostró desde muy mozo.

Estos cuerpos escondieron los indios con el demás tesoro, que los más de ellos no han aparecido hasta hoy. El año de 1559 el licenciado Polo descubrió cinco de ellos, tres de reyes y dos de reinas.

La puerta principal del templo miraba al norte como hoy está, sin la cual había otras menores para servicio del

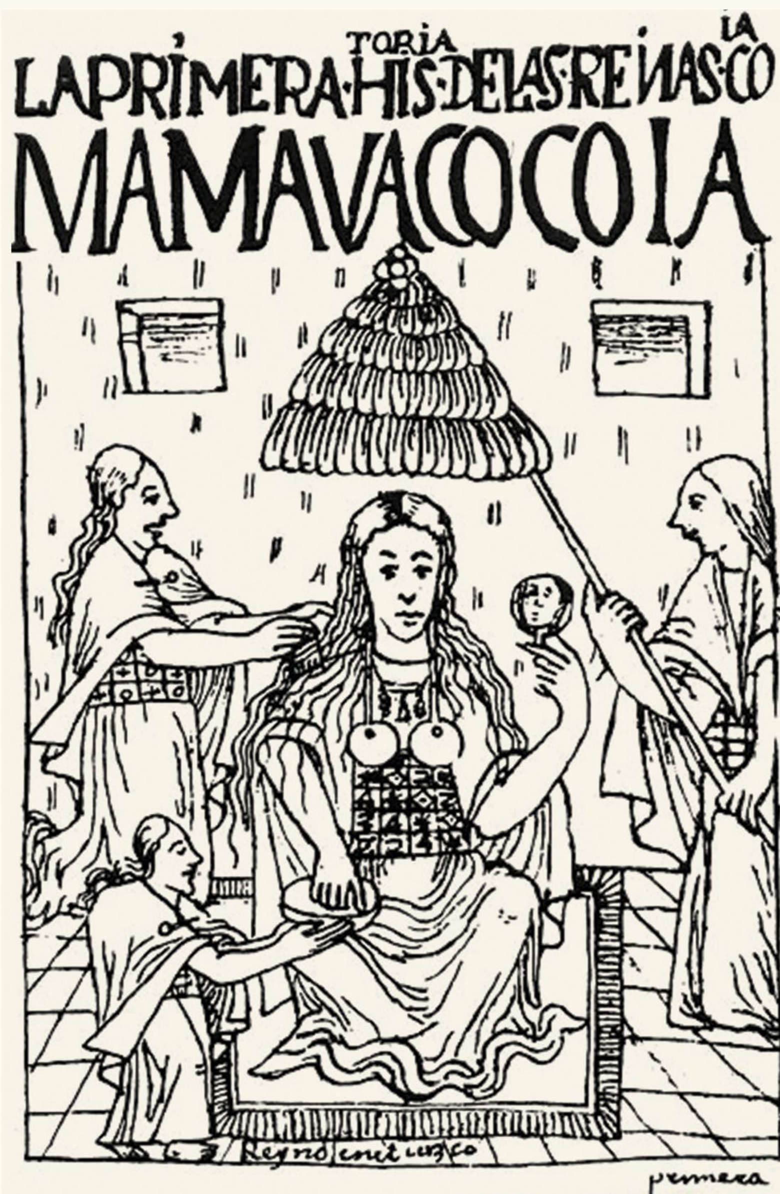
templo. Todas estas estaban aforradas con planchas de oro en forma de portada. Por de fuera del templo, por lo alto de las paredes del templo, corría una azanefa de oro de un tablón de más de una vara de ancho, en forma de corona, que abrazaba todo el templo.

LIBRO SEXTO

Capítulo V
Cómo enterraban los reyes duraban las obsequias un año

Las obsequias que hacían a los reyes Incas eran muy solemnes, aunque prolijas. El cuerpo difunto embalsamaban, que no se sabe cómo quedaban tan enteros que parecían estar vivos, como atrás dijimos de cinco cuerpos de los Incas que se hallaron año de mil y quinientos y cincuenta y nueve. Todo lo interior de ellos enterraban en el templo que tenían en el pueblo que llamaron Tambo, que está el río abajo de Yucay, menos de cinco leguas de la ciudad del Cuzco, donde hubo edificios muy grandes y soberbios de cantería, de los cuales Pedro de Cieza, capítulo noventa y cuatro, dice que le dijeron por muy cierto que se halló en cierta parte del palacio real o del templo del sol oro derretido en lugar de mezcla, con que, juntamente con el betún que ellos ponen, quedaban las piedras asentadas unas con otras. Palabras son suyas sacadas a la letra.

Cuando moría el Inca o algún curaca de los principales, se mataban y se dejaban enterrar vivos los criados más favorecidos y las mujeres más queridas diciendo que querían ir a servir a sus reyes y señores a la otra vida. Porque, como ya lo hemos dicho, tuvieron en su gentilidad que después de esta vida había otra semejante a ella, corporal y no espiritual. Ofrecíanse ellos mismos a la muerte o se la tomaban con sus manos, por el amor que a sus señores tenían. Y lo que dicen algunos historiadores, que los mataban para



» La historia de las reinas incas del cronista Guamán Poma, contemporáneo de Garcilaso.

enterrarlos con sus amos o maridos, es falso; porque fuera gran inhumanidad, tiranía y escándalo que dijeran que, en achaque de enviarlos con sus señores, mataban a los que tenían por odiosos. Lo cierto es que ellos mismos se ofrecían a la muerte, y muchas veces eran tantos que los atajaban los superiores, diciéndoles que de presente bastaban los que iban, que adelante, poco a poco, como fuesen muriendo, irían a servir a sus señores.

Los cuerpos de los reyes, después de embalsamados, ponían delante de la figura del sol en el templo del Cuzco, donde les ofrecían muchos sacrificios como a hombres divinos, que decían ser hijos de ese sol.

El primer mes de la muerte del rey le lloraban cada día, con gran sentimiento y muchos alaridos, todos los de la ciudad. Salía a los campos cada barrio de por sí. Llevaban las insignias del Inca, sus banderas, sus armas y ropa de su vestir, las que dejaban de enterrar para hacer las obsequias. En sus llantos, a grandes voces, recitaban sus hazañas hechas en la guerra y las mercedes y beneficios que habían hecho a las provincias de donde eran naturales los que vivían en aquel tal barrio.

Pasado el primer mes hacían lo mismo de quince a quince días, a cada llena y conjunción de la luna; y esto duraba todo el año. Al fin de él hacían su cabo de año, con toda la mayor solemnidad que podían y con los mismos llantos, para los cuales había hombres y mujeres señaladas y aventajadas en habilidad, como endechaderas, que, cantando en tonos tristes y funerales, decían las grandezas y virtudes del rey muerto.

Lo que hemos dicho hacía la gente común de aquella ciudad. Lo mismo hacían los Incas de la parentela real, pero con mucha más solemnidad y ventajas, como de príncipes a plebeyos. Lo mismo se hacía en cada provincia de las del imperio, procurando cada señor de ella que por la muerte de

su Inca se hiciese el mayor sentimiento que fuese posible. Con estos llantos iban a visitar los lugares donde aquel rey había parado, en aquella tal provincia, en el campo caminando o en el pueblo, para hacerles alguna merced; los cuales puestos, como se ha dicho, tenían gran veneración; allí eran mayores los llantos y alaridos, y en particular recitaban la gracia, merced o beneficio que en aquel tal lugar les había hecho.

Y esto baste de las obsequias reales, a cuya semejanza hacían parte de ellas en las provincias por sus caciques, que yo me acuerdo haber visto en mis niñeces algo de ello. En una provincia de las que llaman *quechua*, vi que salía una gran cuadrilla al campo a llorar su curaca; llevaban sus vestidos hechos pendones. Y los gritos que daban me despertaron a que preguntase qué era aquello, y me dijeron que eran las obsequias del cacique Huamanpallpa, que así se llamaba el difunto.

HISTORIA GENERAL DEL PERÚ

Libro primero
Capítulo XIX
El recibimiento que el Inca hizo a la embajada de los españoles

Volviendo pues al hilo de nuestra historia, decimos, que el maese de campo que salió a recibir a Hernando Pizarro y a Hernando de Soto, habiéndolos recibido y adorado con suma veneración, dijo a sus capitanes y soldados: “Estos son hijos de nuestro dios Huiracocha”.

Los indios les hicieron grandísima reverencia, y los miraron con admiración de su aspecto, hábito y voz, y los acompañaron hasta ponerlos delante del Inca. Los españoles entraron admirados de ver la grandeza y riqueza de la casa real, y de la mucha gente que en ella había; de manera que fue la admiración de los unos y de los otros que no sabremos

juzgar cuál fue mayor. Los embajadores hicieron al Inca, que estaba sentado en su asiento de oro, una gran reverencia a la usanza española. El rey gustó mucho de verla, y, poniéndose en pie, los abrazó con mucha afabilidad, y les dijo: “Seáis bien venidos Cápac Huiracocha a estas mis regiones”.

El padre Blas Valera escribe estas palabras en el lenguaje indio, como quien bien lo sabía. Yo las dejé por no necesarias.

El Inca se asentó, y luego pusieron a los españoles asiento de oro de los del Inca, que por su mandado los tenían apercibidos, que, como los tenía por descendientes de la sangre del sol, no quiso que hubiese diferencia de él a ellos, principalmente siendo el uno de ellos hermano del gobernador. Sentados que fueron, volvió el Inca el rostro a sus deudos que le acompañaban, y les dijo: “Veis aquí la cara y la figura y el hábito de nuestro dios Huiracocha al propio, como nos lo dejó retratado en la estatua y bulto de piedra, nuestro antecesor el Inca Huiracocha, a quien se le apareció esta figura”.

Apenas hubo dicho esto el rey, cuando entraron dos muchachas muy hermosas de la sangre real, que llamaban *ñusta*; cada una de ellas traía dos vasos pequeños de oro en las manos, con el brebaje de lo que el Inca bebía.

Acompañábanlas cuatro muchachos de la misma sangre, aunque no de la legítima, cuyas madres eran naturales del reino de Atahualpa. Las *ñustas* llegaron al Inca, y, hecha su adoración, la una de ellas le puso uno de los vasos en la mano, y el otro dio a Hernando Pizarro, porque el Inca se lo mandó. A este tiempo habló Titu Atauchi, hermano del rey, el que fue con la embajada a los españoles, y dijo al faraute Felipillo que les dijese que el Inca quería beber con ellos porque era usanza de los reyes Incas hacer aquello, en señal de paz y prenda de amor, y hermandad perpetua. Hernando Pizarro, oyendo a su intérprete, y haciendo reverencia al Inca, tomó



» Francisco Pizarro, en notable pintura de Daniel Hernández. Después del asesinato del conquistador, el padre de Garcilaso se unió a las tropas pizarristas.

el vaso y lo bebió. El Inca bebió dos o tres tragos del suyo, y dio el vaso a su hermano Titu Atauchi para que bebiese por él lo que quedaba. Luego tomó uno de los vasos que la otra muchacha llevaba, y mandó diese el otro a Hernando de Soto, el cual hizo lo mismo que su compañero. El Inca bebió otros dos o tres tragos, y dio lo que dejaba a otro hermano suyo de padre, llamado Choquehuaman.

Hecha la bebida, quisieron los embajadores decir su embajada. El rey dijo que descansasen, que quería gozar de mirar sus figuras, porque en ellos veía a su dios Huiracocha. A este punto entraron seis pajes y seis muchachas muy bien aderezadas, con fruta verde y seca, de muchas maneras, y pan del que hacían para su regalo, y vino hecho de la semilla del árbol *mulli*, y toallas muy ricas de algodón, porque no tuvieron lino. Y una de ellas, llamada Pillcu Ciza, *ñusta*, habló a los nuevos huéspedes, y les dijo: "¡Oh hijos de Cápac Inca Viracocha, gustad un poco de estas cosas que os traemos, aunque no sea más de para nuestro consuelo y regalo!".

Los españoles se admiraron grandemente de ver tanta urbanidad y cortesanía en gente, que según la imaginación de ellos, vivían en toda barbaridad y torpeza. Y porque no pareciese que desechaban y menospreciaban lo que con buen ánimo y tanta gentileza les ofrecían, comieron algo de lo que trajeron, y dijeron que les bastaba, con que los indios quedaron muy contentos.



BIBLIOGRAFÍA

» **ARANÍBAR, Carlos** (Edición y notas)
2015 *Inca Garcilaso de la Vega – Obras completas* (tres tomos).
Biblioteca del Perú – Colección Bicentenario.
Lima: Centro Cultural Inca Garcilaso del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú.

» **CARRILLO, Francisco**
1996 *Cronistas indios y mestizos III – El Inca Garcilaso de la Vega*.
En: *Enciclopedia histórica de la literatura peruana*, tomo 8.
Lima: Editorial Horizonte.

» **CHANG-RODRÍGUEZ, Raquel** (Edición e introducción)
2010 *Entre la espada y la pluma – El Inca Garcilaso de la Vega y sus Comentarios reales*.
Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

» **GONZÁLEZ VIGIL, Ricardo**
1989 *Comentemos al Inca Garcilaso*.
Lima: Fondo Editorial del Banco Central de Reserva del Perú.

» **INCA GARCILASO DE LA VEGA**
1973 *Historia de La Florida*. Biblioteca Peruana.
Lima: Ediciones Peisa.

» **MIRÓ QUESADA, Aurelio** (Biografía)
2015 *Inca Garcilaso de la Vega – Obras completas* (tres tomos).
Biblioteca del Perú – Colección Bicentenario.
Lima: Centro Cultural Inca Garcilaso del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú.

» **TORO MONTALVO, César** (Prólogo, edición y biografía)
2004 *Inca Garcilaso de la Vega – Comentarios reales de los incas*.
Primera parte.
Lima: A. F. A. Editores Importadores S. A.

ÍNDICE Y PROCEDENCIA DE LAS IMÁGENES

1. **Garcilaso Inca de la Vega** (1942)
Óleo sobre madera, del pintor Francisco González Gamarra.
Sucesión Francisco González Gamarra, Lima, Perú. **6**

2. **Peru incidents of travel and exploration in the land of the Incas** (1877)
George Squier, Londres, Macmillan and Co. **10**

3. **El niño Garcilaso**
Omar Zevallos Velarde, ilustración hecha para esta edición. **13**

4. **Genealogía de los Incas,** (1868)
Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, Lima. **15**

5. **The Royal Comentaries of Peru, in two parts** (1688)
Grabado del libro de Garcilaso Inca de la Vega. **17**

6. **Vista de la casa del Inca Garcilaso de la Vega en el Cuzco**
Fotografía: Omar Zevallos Velarde. **18**

7. **El Inca en España**
Omar Zevallos Velarde, ilustración hecha para esta edición. **20**

8. **Anotaciones del Inca Garcilaso de la Vega**
Del archivo de protocolos de Córdoba, España. **22-23**

9. **El joven Garcilaso**
Omar Zevallos Velarde, ilustración hecha para esta edición. **24**

10. **Garcilaso de la Vega**
Dibujo de José Maea (1760-1826), grabado de Bartolomé Vázquez (1749-1802). Dominio público. **28**

11. **Primera Parte de los Comentarios Reales** (1609)
Biblioteca Nacional del Perú. **31**

12. **La casa de Montilla**
Omar Zevallos Velarde, ilustración hecha para esta edición. **32**

13. **Firma del Inca Garcilaso de la Vega**
Biblioteca virtual Miguel de Cervantes. **35**

14. **Busto de Garcilaso de la Vega**
Foto: Omar Zevallos Velarde. **36**

15. **Segunda Parte de los Comentarios Reales** (1829)
Biblioteca Nacional del Perú. **40**

16. **Escudo del Inca Garcilaso de la Vega**
Centro Cultural Inca Garcilaso del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú. **43**

17. **Capilla de las Benditas Ánimas del Purgatorio, Catedral de Córdoba, España**
Foto: Diócesis de Córdoba. **47**

18. **El proceso creativo del Inca**
Omar Zevallos Velarde, ilustración hecha para esta edición. **49**

19. **Marcha del Inca** (1919)
Teófilo Castillo, Pinacoteca Municipal Ignacio Merino, Municipalidad Metropolitana de Lima. **51**

20. **El astrólogo** (1615)
Ilustración de Guamán Poma de Ayala para el libro *Primer nueva corónica y buen gobierno*. **55**

21. **Varayoc de Chinchero** (1925)
José Sabogal, Pinacoteca Municipal Ignacio Merino, Municipalidad Metropolitana de Lima. **58**

22. **Relación histórica del viaje a la América meridional** (1748)
Grabado de Juan Bernabé Palomino, hecho para el *Resumen histórico* del Perú de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en la imagen de la Biblioteca Nacional de España. **66**

23. **Saqueo del Coricancha** (1919)
Teófilo Castillo, Pinacoteca Municipal Ignacio Merino, Municipalidad Metropolitana de Lima. **71**

24. **La primera historia de las reinas** (1615)
Ilustración de Guamán Poma de Ayala para el libro *Primer nueva corónica y buen gobierno*. **74**

25. **Francisco Pizarro** (1929)
Daniel Hernández, Pinacoteca Municipal Ignacio Merino, Municipalidad Metropolitana de Lima. **78**

"Considero el libro muy bien planteado, tanto en el fondo como en la forma [...] de modo muy ameno se presenta la vida y la obra del Inca Garcilaso de la Vega, y se pone de relieve el peculiar carácter de su figura, como un personaje que simboliza de modo patente lo que fue el encuentro entre el mundo andino y el europeo. El lector podrá ponderar la importancia del Inca Garcilaso en la historia del Perú, no solo a través del análisis de su curso vital, sino también conociendo el valor intelectual de las obras que publicó."

José de la Puente Brunke
Director del Instituto Riva-Agüero

GC GERENCIA DE CULTURA PARA LIMA

Construyendo